

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 16.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Poetas españoles contemporáneos; Don Antonio García Gutiérrez. — Historia de la Semana; grabado. — Anécdota. — El Archipiélago y los Dardanelos; grabados. — Los Santos Lugares. — El Santo Sepulcro; grabados. — De las doce á las dos, episodio

histórico (conclusion) — Precauciones y remedios contra varios inconvenientes que alteran la hermosura. — Notas y recuerdos de como se embarca en Key-West, y se desembarca en la Habana; grabado. — Inauguración del camino de hierro de Turin á Savigliano (Piamonte), el 13 de marzo de 1853; grabados. — El grupo fósil; episodio de la conquista del Perú. —

Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres. — La Partenza, canción italiana. — Revista agrícola. — La batalla de Lepanto. — Viaje á la Australia. — El Castillo de Dunstan; crónica escocesa. — La Ronda española. — Don Pedro Santana y don Buenaventura Baez; grabados.



Baile dado al Emperador y la Emperatriz por el Cuerpo legislativo.



## Poetas españoles contemporáneos.

D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

(Artículo primero.)

Es muy común la creencia de atribuir á los críticos el designio sistemático de censurarlos todo, destruyendo las reputaciones bien fundadas y complaciéndose en rechazar como malo todo lo que la generalidad acepta como bueno; de donde nace cierto desden hacia la crítica, dando origen al dicho vulgar de que es más fácil criticar que producir. Esta creencia es tan errónea como otras muchas que el hombre alimenta ofuscada por los consejos interesados de la gente que necesitando medrar á costa de la ciega credulidad, ó llámese ignorancia pública, reprueba la discusión porque teme el esclarecimiento de la verdad. Por mi parte, á pesar de mi repugnancia á las restricciones, comprendo los escrúpulos de los espíritus apocados respecto á las personalidades, y aunque desde ahora doy permiso á todo el género humano para decir de mí lo que se le antoje, no exijo de los demás otro tanto; pero lo que no comprendo es que haya persona ó asociación alguna que obrando de buena fe puedan rehusar el exámen de sus opiniones ó de sus actos públicos, siempre que dicho exámen se mantenga en los límites del decoro; porque entónces léjos de llevar consigo la crítica esos inconvenientes que asustan á los hombres pusilánimes y atormentan á los fatuos, ofrece, por el contrario, en su libre ejercicio una satisfacción para los que obran con acierto, y una lección para los que necesitan el amparo de una de las más importantes obras de misericordia.

Tampoco transijo con la idea de que sea más fácil criticar que producir. La crítica en sí misma es una producción, y cuando está desempeñada con arreglo á las exigencias de su elevado ministerio, no solo es recomendable por sus efectos, sino por sus dificultades. Así, yo creo que sería mucho más difícil imitar una de las buenas críticas de Larra, que muchas de las malas obras que criticó, y se me figura que hasta los autores de dichas obras opinan del mismo modo.

En cuanto á la suposición de complacerse el crítico en censurar lo mismo que las buenas que las malas obras, no solo la combato, sino que la considero altamente injuriosa para todos los que, animados por el santo amor de la equidad, arrostramos los contratiempos inherentes al propósito de reparar las injusticias del mundo, con tal de coadyuvar al esplendor del arte. Bajo este concepto, el verdadero crítico está muy distante de incurrir en la falta que le atribuye el vulgo; y por lo que á mí se refiere, debo declarar aquí que cuando me propongo analizar una obra literaria, prefiero ensalzar con entusiasmo á censurar con acritud. Así han debido observarlo mis estimados lectores en la serie de artículos que voy publicando acerca de nuestros autores contemporáneos. En dichos artículos he tenido el gusto de reconocer el mérito que otros niegan á la especialidad del señor Breton de los Herreros, y el disgusto de no lisonjear como hubiera deseado, el amor propio de D. Francisco Martínez de la Rosa; pero el pesar que me ha ocasionado la crítica de las obras poéticas de este hombre, justamente célebre en otros conceptos, quedará compensado hoy que voy á juzgar á uno de nuestros más distinguidos vates, al primero, sin duda, de nuestros poetas dramáticos, en una palabra, al autor del *Trovador*.

Si yo fuera uno de esos críticos que solo aplican la balanza de la ciencia á las obras de la inspiración, quizá escribiría más de un artículo para señalar los defectos de esa producción que sacó á D. Antonio García Gutiérrez del cuartel de Leganes para elevarlo á la cumbre del Parnaso español y que ha sido sin duda la más aplaudida y popular de nuestro teatro moderno; porque en honor de la verdad, el *trovador* como obra de arte se presta admirablemente á la censura. Pero, aunque esto parezca un arranque de orgullo, yo no pertenezco al número de esos críticos de estuco, incapaces de comprender otra belleza que la que resulta de observar fielmente las reglas del arte, prefieren la moraleja que termina en forma de sermón á la que se desprende del fondo de cada cuadro y renuncian al más delicioso efecto dramático si para producirlo necesita el autor sacudir alguna vez el pesado yugo de la escuela clásica. Yo quiero sobre todo inspiración en los poetas, y no dudo en indultar tal cual sacrificio de forma siempre que el que pulsa la lira para extasiarse en la contemplación de las acciones heroicas, suspirar como los enamorados ó pagar el tributo del llanto debido al infortunio, acierte á comunicar á los demás sus éxtasis, sus suspiros y sus lágrimas. Bajo este punto de vista el *trovador* es en mi concepto la obra más interesante del siglo: el delicado sentimiento de que está impregnada no ha podido menos de herir las fibras del entusiasmo popular, y por eso nos complacemos en recitar siempre con interés y con un encanto indefinible aquellos versos que una vez oídos se grabaron en nuestra memoria como las más dulces impresiones de la infancia.

Pero voy á empezar señalando los defectos más capitales de esta producción, para que cuando concluya con la descripción de sus bellezas, quede más vivo el recuerdo de las sensaciones agradables.

Una de las escenas más censurables del drama es la del desafío del *Trovador* con el conde de Luna, no solo porque no está bien justificada la entrada del primero en el palacio, sino porque en su diálogo el autor ha confundido lastimosamente el espíritu caballeresco con el tono fanfarrón tan común en los españoles. Vamos á la demostración.

CONDE.

Quando á la ley sois infiel  
Y cuando proscrito estais  
¿Así en palacio os entráis,  
Partidario del de Urgel?

MANRIQUE.

¿Debo temer, por ventura,  
Conde, de vos?

CONDE.

Un traidor....

Esta palabra traidor es tan mal sonante, que no puede pasar entre caballeros sin ir inmediatamente seguida de una estocada ó de un bofetón entre la gente de condición humilde. El *Trovador*, sin embargo, se traga la píldora sin romper la crisma al conde, que es lo que debía hacer, y lo que hubiera hecho cualquiera. Al contrario, léjos de encolerizarse contra el hombre que le acaba de llamar traidor, le contesta con urbanidad y galantería:

Nunca, vuestro mismo honor  
De vos mismo me asegura.  
Siempre fuisteis caballero.....

Y cuando indica después la idea del desafío diciendo

Pensaislo con madurez;

todavía sufre que el conde le replique impunemente

Pienso que atrevido y necio  
Anduvisteis en retar  
A quien débéis contestar  
Tan solo con el desprecio.  
¿Que hay de común en los dos?  
Hablais al conde de Luna  
Hidalgo de pobre cuna.

Un cúmulo tal de insultos á un caballero daban derecho á esperar una medida más enérgica que la pobre vindicación de

Y bueno tal como vos;

porque nunca habla el orgullo lastimado cuando debe obrar el corazón ofendido; pero prosigamos:

MANRIQUE.

En fin, ¿no admitis el duelo?

CONDE.

¿Y lo pudisteis pensar?  
¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE.

No me insulteis, vive el cielo,  
Que si la espada desnudo  
La vil lengua os cortaré.

CONDE.

¿A mí, villano? No sé  
Como en castigarte dudo.

Yo apelo al testimonio de todos los que lean estas líneas y al del mismo García Gutiérrez á quien conozco bien, para que me digan si cuando un hombre oye decir que le cortarán la lengua (y lengua vil por añadidura), debe contentarse con llamar villano al que le amenaza; y del mismo modo si el que ha ofrecido cortar la lengua al que le insulta, debe continuar echando bravatas después que le tratan de villano. Estoy seguro de que todos, y Gutiérrez el primero, cortarían el diálogo para atajar con las manos los extravíos de la lengua. Es por consiguiente inverosímil todo lo que sigue á tan descomedidas palabras, y se necesita que nuestro pueblo haya sido educado en la escuela del mal gusto (hablo solo en lo relativo al teatro) para que pueda tolerar tanto tiempo una situación tan distante de la verdad. Pero no concluye aquí lo violento de esta situación.

CONDE.

Sacad el infame acero

MANRIQUE.

Don Nuño, fuera os espero,  
Cuidad que en palacio estamos.

CONDE.

Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE.

Ved, conde, que os engañais;  
Vos, ¿vos cobarde llamáis  
Al que es dueño de esta espada?

CONDE.

¿La mía! ¿Y lo sufro? No,

MANRIQUE.

A recobrarla venid.

CONDE.

No, que no sois, advertid,  
Caballero como yo, etc.

Lo repito, esto es insostenible, y no es defecto exclusivo del autor cuyo buen sentido se ha manifestado generalmente en otras escenas, elevándose á una altura gigantesca, sino del carácter enfático fanfarrón y grotesco que caracteriza á nuestra poesía caballeresca. M. Alejandro Dumas uno de los primeros poetas dramáticos del mundo y quizá el más iniciado en los usos caballerescos, nos ha presentado en sus dramas muchas escenas de desafío en las cuales no sabemos nunca que admirar más, si la novedad ó el buen tono. En D. Juan de Marana por ejemplo, después que D. Sandoval de Ojeda ha perdido al juego su dinero, sus posesiones y su querida, dirige á D. Juan estas palabras: «Empiezo á creer, caballero, que seréis tan afortunado en la espada como lo habéis sido en las cartas y en los dados.» — «Es verdad, dice D. Juan, había olvidado que teníamos que hacer aun esta partida.» En un *Casamiento sin amor* el desafío se reduce á preguntar un caballero á otro si acostumbra á pasearse por el bosque de Bolonia, á lo que el interpelado contesta diciendo que sí, y determinando la hora y sitio en que suele dar sus paseos. En las *colegialas de Saint-Cyr*, viéndose un caballero humillado por el rey que le dice secamente «salid,» da esta respuesta tan verosímil como digna y verdaderamente caballeresca: «Señor; vuestro abuelo Enrique Cuarto hubiera dicho, salgamos.» Ultimamente, en la *Dama de las Camelias*, drama de Alejandro Dumas (hijo), que sin duda debe algunas mejoras á la corrección de Alejandro Dumas (padre), llega a momento en que se pronuncia la palabra cobarde; pero inmediatamente viene el telón á correr un velo impenetrable entre el público que adivina las consecuencias del insulto y el duelo que es inevitable en semejantes casos. El autor ha tenido buen cuidado de no prolongar el diálogo como se acostumbra entre nuestros poetas que en iguales circunstancias sacrifican la verdad al prurito de combinar en versos sonoros el vocabulario de las bravatas.

Este es un defecto debido en gran parte á la riqueza y armonía de nuestra lengua que como todas las lenguas musicales hablan con frecuencia al oído más que á la imaginación. ¿Qué le importa á uno de nuestros escritores violar las leyes de la lógica con tal de producir un período bien redondeado y ampuloso? ¿Qué cuidado le da tampoco á nuestro público el presenciar una escena que pugna contra todas las ideas adquiridas por la experiencia y la razón, si donde creía ver un drama se encuentra con una ópera, y los que debían recitar versos ó prosa cantan duos ó tercetos? Pregunten ustedes cual es el argumento y fin moral de una composición dramática á muchos que la han aplaudido con entusiasmo, y estos contestarán que no la han entendido. Pero, entónces, ¿como les ha gustado tanto? Como les gusta la *Norma* ó la *Muda de Portici*, de las cuales nunca ha comprendido la letra ni tratado de saber el argumento. Esta es la verdad, y causa compasión el ver á nuestros poetas solicitar los aplausos del vulgo, transigiendo con sus preocupaciones, sin hacer jamás un noble esfuerzo por entrar en esa senda de revolución intelectual que en otros países ha elevado la literatura al rango de la filosofía. Si, lo repito, causa compasión el escuchar una tirada de doscientos versos durante los cuales dos actores representando tal vez dos personajes que han llenado la historia con sus hazañas, se entretienen como dos verduleras en llamarse infames, villanos, cobardes, traidores, y otras palabras que debían espirar en la garganta de los que se atreven á proferirlas. Ya es tiempo de abandonar ese tono tan opuesto á la verdad y á las costumbres caballerescas; si para ello es preciso renunciar á las trabas del verso, se escribe prosa, camino el más corto y recto en mi opinión para convertir algún día en oro lo que hasta aquí no ha sido más que oropel.

Otro de los defectos del *Trovador* es la facilidad con que este hombre entra y sale por donde el autor le acomoda. Así se le ve en el primer acto invadir el palacio como después invade el convento de las monjas, sin más razón justificable que la de su pasión por Leonor, lo cual aun admitiendo que el amor alcanza á vencer todas las dificultades, no dispensa al poeta de dar á sus peripecias esa preparación artística que imprime en los acontecimientos más extraordinarios el sello de la verosimilitud. Mucho habría que decir de la ida de Leonor á la prisión de Manrique, de la facilidad con que el conde de Luna cree que el *trovador* es su hermano por el solo dicho de la gitana y de otras cosas; pero si á alguno de nuestros modernos dramaturgos se le pueden perdonar ciertas faltas decoradas con el nombre de licencias, es á García Gutiérrez, verdadero vate que ha sabido derramar en todas sus producciones, y principalmente en el *trovador*, ese delicioso ideal del sentimiento poético tan poco común en los escritores meridionales.

J. M. VILLER GAS.

## Historia de la semana.

Por el dibujo que va al frente de este número, podrán imaginarse nuestros lectores las maravillas que ha desplegado el



Cuerpo legislativo en el baile que dió en honor de SS. MM. en la noche del 26 de marzo. Los periódicos de aquellos días están llenos de detalles sobre esta fiesta, que ha sobrepujado en elegancia y en riqueza á la que ántes, con el mismo motivo, habia dado el Senado.

Imagínese el lector dos inmensos palacios, el de la Cámara de diputados y el de su presidente, unidos entre sí por una triple galería, cuyas dos naves laterales se habian improvisado en unos pocos días, como se improvisan las decoraciones de la Opera, aunque con la diferencia de que aquí las flores eran naturales. Aquello era un vasto jardín donde nada faltaba, ni plantas raras y preciosas, ni estatuas, ni fuentes con surtidores de agua que se reflejaba á lo infinito en una multitud de espejos que acababan de embellecer el cuadro. Solo la galería central habia conservado sus adornos de un gusto majestuoso y severo, que formaban un hermoso contraste con los ornatos artificiales.

A la extremidad de estas tres galerías habia una brillante orquesta en los aposentos del señor presidente de la Cámara, adornados con preciosas pinturas al gusto de Luis XV como la arquitectura del palacio. Al extremo opuesto de la triple galería, se abrian los grandes salones del Cuerpo legislativo, que presentaban un carácter de los mas imponentes. Primeramente se entraba en el salon llamado de los Pasos Perdidos, donde se veian entre colgaduras rojas las armas de las principales ciudades de Francia, y donde se habia elevado el puesto de honor que debian ocupar SS. MM.

Mas allá, la sala de Casimiro Périer se hallaba convertida en salon de descanso para el Emperador, y por allí se salia á una espaciosa galería adornada con trofeos de armas. La Sala de Conferencias era el ambigü destinado á las señoras.

A las ocho y media principiaron á entrar los convidados; á las nueve todo estaba ya lleno, y se esperaba únicamente á SS. MM. En efecto, una hora despues entró el Emperador dando la mano á la Emperatriz, mientras la orquesta tocaba el himno favorito de la reina Hortensia.

Despues de descansar un rato bajo el solio imperial, SS. MM. abrieron el baile, y precedidos de la córte y de los ministros, visitaron todo el recinto de la fiesta.

Hace mucho tiempo que no se habia visto en Paris un baile tan magnífico. Todo el mundo lo confesó en alta voz delante del presidente del Cuerpo legislativo, y de los diputados que dirigieron el aparato digno de las encantadas transformaciones que se leen en las « Mil y una Noches. »

La familia imperial se retiró á las doce y media de la noche, pero la fiesta se prolongó hasta las tres de la mañana, habiéndose servido entretanto espléndidas cenas, y sin interrupcion, á los 4,000 convidados que asistieron al baile.

Seis días despues, la municipalidad de Paris seguia las huellas de los señores diputados, dando tambien una esplendente fiesta en el antiguo palacio de las revoluciones llamado el Hotel-de-Ville. Aquí, como sucede siempre, la concurrencia era mas numerosa y ménos escogida, pero en cambio habia una animación y un entusiasmo por las contradanzas y las polkas que faltó casi completamente en el baile del Cuerpo legislativo. Por eso las mujeres andaban afanadas quince días ántes, á fin de obtener la entrada en unos salones donde ya se sabia de antemano que debia reinar el contento y la alegría. ¡Cuántos pasos, cuántas intrigas para alcanzar una esquila de convite! Si el prefecto del Sena quisiera publicar la coleccion de cartas que recibió con tal motivo, tendríamos un álbum de curiosidades nunca vistas. ¿Qué cosa mas curiosa, en efecto, que una solicitud de una mujer haciendo valer sus títulos, presentando su hoja de servicios para obtener un billete de baile? Hemos visto una de estas peticiones:

« Señor prefecto,

» Soy jóven y bonita, y estoy casada; ¿no son estos bastantes títulos para ser admitida? — Además, mi marido es abogado. »

¿Qué prefecto del mundo puede hacerse el sordo á razones de este calibre?

El baile del Ayuntamiento ofrecia un contraste muy singular por la variedad que se observaba en los trajes de las personas que á él asistian. Habia, por decirlo así, dos sociedades distintas, una la de los convidados por la córte, que se componia de funcionarios públicos vestidos con casaca de terciopelo, y otra la de las personas que habian recibido las invitaciones de la municipalidad, y que llevaban el humilde frac negro. La córte está empeñada en que se lleve el uniforme prescrito, pero los desgraciados que han de cargar con el disfraz, se resisten á ello con todas sus fuerzas. Acerca de este punto, ocurrieron á las puertas del baile en cuestion escenas muy curiosas. Habia dos clases de billetes, blancos y azules, los primeros distribuidos por el prefecto, y los segundos por la córte. Como estos últimos no habian sido enviados sino á los funcionarios del gobierno, resultó de aquí que servian de contraseña para conocer si los señores empleados cumplian con sus deberes presentándose en traje de ceremonia.

— ¡Atrás! dijo uno de los encargados de recoger los billetes á la puerta á un infortunado vestido de frac y chaleco blanco que le alargaba el papelillo azul para entrar en el baile.

— ¿Cómo es eso?

— No puede Vd. pasar.

— ¿Acaso no es bueno ese billete?

— Si por cierto; pero su traje de Vd. no es propio de este sitio.

— Eso es una broma; acabo de ver entrar á otro vestido lo mismo que yo.

— Si, pero aquel no es funcionario público como lo es Vd., y no tiene obligacion de llevar la casaca bordada.

— ¿Y quién le ha dado á Vd. tales noticias? balbuceó nuestro hombre algo cortado.

— La policía lo sabe todo.

Pero esta escrupulosidad de los encargados de recoger los billetes á la puerta, no impidió que los salones de la casa de Ayuntamiento se vieran invadidos por una muchedumbre tan

compacta, que el andar y aun el moverse en ellos era cosa difícil. Y sin embargo, el palacio es inmenso. Cuéntase que uno de los elegantes que allí habia apostó con varios amigos suyos á que daria la vuelta á todos los salones en cinco cuartos de hora. La empresa era aventurada, y el jóven salió perdiendo, á pesar de que hizo prodigios de valor, valiéndose además de ardidés ingeniosos. En uno de los pasos mas estrechos, y por consiguiente mas difíciles de atravesar, nuestro elegante cogiendo un vaso de agua y alzándole sobre las cabezas de la multitud, exclamó con acento acongojado:

— Paso, señores; es una jóven que se ahoga.

Tres salones tenia que andar aun cuando espiró el tiempo marcado para la apuesta. Entonces muerto de cansancio, se detuvo, se bebió el vaso de agua, y sacando de su bolsillo el dinero que habia perdido, propuso apostar el doble contra cualquiera que quisiera intentar lo mismo que él, aunque concediéndole media hora mas de tiempo.

Ya que hablamos de bailes, citarémos otro, muy curioso, dado en el Jardin de Invierno á beneficio de las familias pobres inglesas. El bonito Palacio de Cristal de los Campos Eliseos encerró aquella noche todas las rubias beldades de la Gran Bretaña residentes en Paris; era aquella una reunion de las mas pintorescas, resplandeciente de vistosos trajes y soberbias pederías. Los ingleses que viven en Paris, se muestran bastante hostiles á la resurreccion de la casaca bordada, y el antiguo espadín; pero esto no impide que desdeñen tambien el monotono frac negro, y la mejor prueba de lo que decimos es que hay muy pocos de ellos que ántes de salir de su cara patria para viajar por las capitales europeas, no soliciten con ahinco un diploma para poderse encajar encima el famoso casacon colorado que tan bien les sienta.

Sabido es que en Inglaterra se venden y se compran los grados militares, hasta el de teniente general, sin que por eso se exijan estudios preliminares á los que ingresan á beneficio de sus libras esterlinas en las filas del ejército de la reina. Cuando entran en el estado-mayor pueden seguir la carrera militar, si tienen vocacion para eso; pero por lo comun, piden con el grado una licencia ilimitada, pues lo único que interesa es el derecho de llevar la susodicha casaca colorada.

Largo seria enumerar aquí las parejas británicas que mas se distinguan en la fiesta del Jardin de Invierno; pero no podemos resistir á la tentacion de poner en evidencia algunas de ellas para que puedan juzgar nuestros lectores de los estragos de la influencia del dinero en sociedades como la inglesa, donde no hay siquiera el correctivo que existe en Francia, esto es, el temor de caer en ridículo, que es quizás el castigo mas atroz que puede imponerse á los franceses.

En Inglaterra, cuando una mujer sentimental ha llegado á los cincuenta años, y se halla viuda, se echa por esos mundos á buscar un mozalvete atolondrado, cuanto mas jóven mejor, á quien ofrece su corazón y sus millones. Como nadie se burla del negocio, el escogido no tiene reparo en acceder á los deseos de la viuda, y el matrimonio se celebra con un viajecito por el continente. Léjos de burlarse, los amigos de los recién casados los festejan á las mil maravillas, y aun los llaman — jóvenes esposos — porque es sabido que la mujer sigue la condicion de su marido.

En este momento, pues, existe en Paris una buena porcion de esas parejas que forman un contraste divertido; pero lo mas notable es que las esposas toman tan á pecho su nueva posicion de jóvenes esposas, que se visten y engalanan del mismo modo que si tuvieran diez y ocho primaveras. Testigo de lo que decimos fué la otra noche el Jardin de Invierno.

La mas notable de estas recién casadas es una señora muy metida este último invierno en la alta sociedad parisiense, que sin embargo no tiene con ella la misma indulgencia que sus compatriotas. Esta señora está casada con un jóven de veinticinco años, y de su primer matrimonio tiene un hijo de mas de cuarenta, lo que es un motivo constante de malignas equivocaciones, llamando marido al hijo, y vice versa.

Los jóvenes ingleses que aceptan tan ingrato papel, se consuelan fácilmente con los goces que les proporciona una inmensa fortuna; rara vez se incomodan de veras, á ménos que no hayan sorprendido su buena fe, como suele suceder algunas veces y como ha sucedido hace poco á uno de ellos que quiso reparar sus desastres juveniles, con una de esas famosas alianzas.

— Me ha engañado Vd. infamemente, dijo el esposo en cuestion á su cara mitad dos ó tres días despues de la boda; me dijo Vd. que tenia setenta años, y no tiene Vd. mas que cincuenta y nueve.

— ¿Y qué mal hay en eso? contestó la esposa.

— Mucho mas de lo que Vd. piensa. Me ha perjudicado Vd. en once años, como consta en su fe de bautismo, y si lo hubiera sabido no me habria casado.

Y el marido no se contentó con vanas palabras, sino que se valió de su derecho para pronunciar ante el tribunal de su conciencia una separacion de cuerpos y de bienes, trayéndose á Paris una buena pension para sobrellevar con paciencia su triste posicion de divorciado.

En efecto, para un marido calculador por este estilo, once años de mas ó de ménos no es cosa insignificante; pero sucede que estos atroces cálculos, por desgracia mas frecuentes de lo que se cree, suelen salir justamente engañados. Cuenta la crónica que un jovencito inglés recién casado con una de esas inglesas venerables, hacia la corte á una señorita parisiense dándole palabra de matrimonio.

— ¿Casarse Vd.? ¿qué es lo que Vd. dice?

— Lo que Vd. oye.

— ¿Pues no está Vd. ya casado?

— Es verdad, pero contraeré segundas nupcias con Vd. en cuanto tenga la desgracia de perder á mi señora.

— ¡Ah! ¿quién sabe lo que tendríamos que esperar para eso?

— ¡Oh! muy poco; mi mujer está tan acabada, que el momento fatal está previsto ya; seguramente de un día á otro se morirá de vieja.

— Vaya, pues, consuélase Vd., dijo la jóven, y viva sin cui-

dado; porque si su señora debiera morir de vejez, hace ya mucho tiempo que estaria enterrada.

El sábado por la noche se bailaba, y el domingo por la mañana la gente elegante emigraba de la capital para presenciar las carreras de caballos en La Marche. ¡Dichosa primavera! Los parisienses en cuanto señala el calendario el mes de abril, no sueñan mas que con las delicias de los campos; todo lo que es campestre toma risueños colores á sus ojos, y se apresuran á buscar en las cercanías de Paris las frescas habitaciones donde deben resguardarse de los ardores de un verano que apenas dura quince días sin nublados y sin lluvias. Las carreras de caballos del domingo estaban anunciadas para muchas semanas ántes, pero alternativamente se fueron aplazando á causa de la obstinacion con que se oculta en estas tierras el dios de los dorados rayos.

El domingo último sucedió como los anteriores; pero siendo tarde ya para aplazar otra vez el espectáculo, los ginetes dieron principio á la funcion, bien empapados por una lluvia menudita, fria y penetrante.

En La Marche no hay, como en Inglaterra, un terreno de tres ó cuatro leguas para las carreras, con barrancos, rios, montecillos y otra porcion de obstáculos, que el ginete inglés sabe salvar con una maestría británica; aquí solo hay un parque de estrechas dimensiones con frágiles barreras y un hoyo lleno de agua que representa un rio, ó un brazo de mar, si se quiere, cosas que parecen ya tan formidables á los ginetes parisienses, que no hay muchos que se aventuren á acometer tan peligrosos ejercicios.

Tan verdad es esto que decimos, que muchas parisienses al anuncio de las carreras de caballos se estremecen y tiemblan por los ginetes que les interesan. A propósito del espectáculo del domingo, hemos oido una anécdota de otro tiempo, que queremos dar á conocer á nuestros lectores. Un jóven noble que se habia casado hacia muy poco, se disponia á tomar parte en las carreras de caballos, debiendo montar un ligero alazan, célebre por sus muchas victorias en la ligereza, pero de mala índole, y que habia estropeado ya muchos ginetes. La condesa, muerta de miedo, suplicó á su marido que renunciase á la diversion.

— Tengo muy malos presentimientos, le dijo, y estoy segura de que te va á suceder algo.

El conde se burló cariñosamente de los temores de su jóven esposa, y persistió en su proyecto, pero al día siguiente, cuando ya se preparaba para partir á pesar de las nuevas instancias de la condesa, esta animada por la discusion, cogió un par de pistolas, bajó á la cuadra, apuntó al caballo, disparó y le abrió la cabeza.

Por estos motivos y otros muchos, la mayor parte de ellos hijos de una prudencia bien ó mal entendida, no hemos tenido ya en Paris las corridas de toros españolas. Tales el horror, no dirémos del pueblo, sino del mundo oficial, á esta clase de funciones, que hace tres años tuvimos en las manos la negativa del prefecto de policía á una solicitud de españoles pidiendo el permiso para dar varias corridas, en donde se decia al solicitante que « le quedaba terminantemente prohibido el volver á presentar tales peticiones en el departamento del Sena. »

Y sin embargo, desde entonces acá, tal ha sido la insistencia, y tan poderosos los empeños que se han puesto en juego, que hace ocho días se daba como seguro el consentimiento del Emperador para que se vieran en Paris tales funciones. La empresa era toda de españoles; el ganado debia venir de España, y de allí se habia de traer hasta el agua que bebieran los animales; la cuadrilla se componia de lo mas escogido, nada habia de faltar en la funcion, desde el alguacil que sale en su rocínante á pedir á la autoridad la llave del toril para soltar la fiera, hasta las mulas con sus banderolas y sus campanillas que arrastran el toro al matadero. Media Inglaterra habria pasado la Mancha para presenciar el atrevido combate de la fuerza inteligente contra la fuerza bruta, y ya se hablaba de construir no una plaza, sino un circo romano con capacidad para cien mil personas, cuando ¡oh dolor! la emperatriz Eugenia volviendo por los derechos de la civilizacion, á cuyo nombre desde Jovellanos acá se combaten las corridas de toros, ha hecho fracasar el proyecto, porque no quiere que ni directa ni indirectamente la acusen los franceses de haber introducido aquí costumbres que ellos llaman bárbaras. Ahora es el caso de exclamar: ¡Oh civilizacion, lo que nos cuestas!

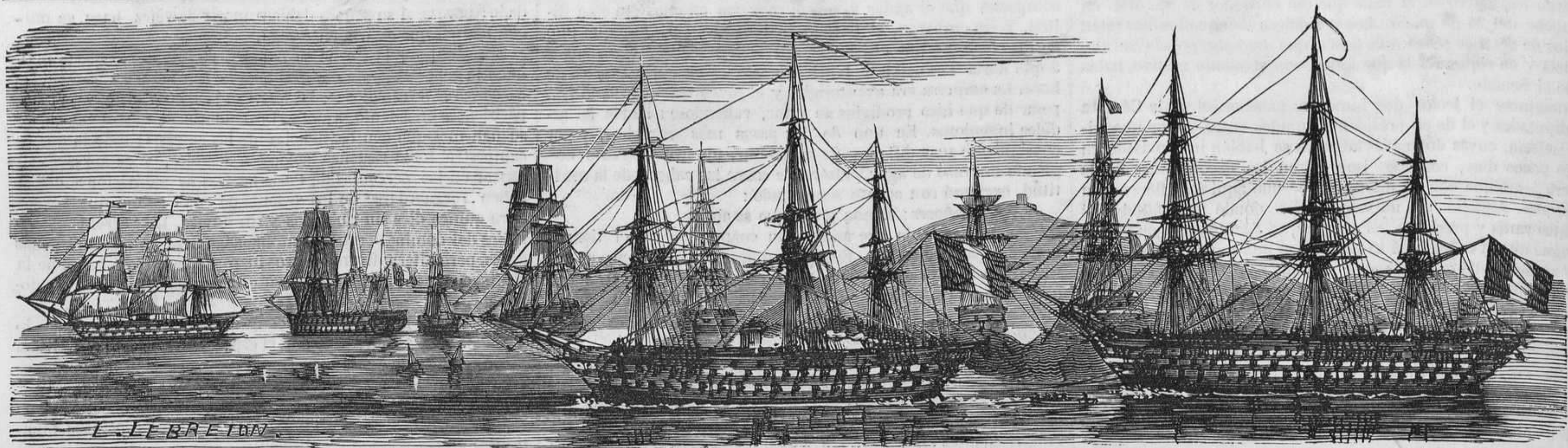
MARIANO URRABIETA.

Habiendo vacado una vez en tiempo de Luis XV el gobierno de Berri, acudió una multitud de competidores á solicitar el apoyo de la condesa Dubarry, y esta los convidó á todos á comer en Marly, donde habia establecido entonces su córte. Despues del banquete se presentó el rey, y bajaron todos al jardin. Como iba languideciendo la conversacion, dijo la condesa á sus convidados: « Señores, coged mariposas. » Al oír esto, todos se afanan, se sofocan, y cada uno de ellos trajo un tributo de su caza. Uno solo permaneció léjos de la favorita, y habiendo cogido una hermosa mariposa, la coloca en el centro de un papel, en cuyo alrededor habia escrito con un lápiz las siguientes palabras. « Es el rey de las mariposas, la Dubarry le fijará. » Esta mujer, aunque de poca delicadeza, comprendió la alusion, y quedó tan complacida como su augusto amante, y el adúlador consiguió el gobierno de una gran provincia.

#### El Archipiélago y los Dardanelos.

El Archipiélago es esa parte considerable del Mediterraneo que confina al Norte con la Romelia, al Este con la Anatolia, al Oeste con la Tesalia, que se extiende en fin desde la famosa isla de Rodas hasta el mar de Mármara. El Archipiélago, llamado mar Egeo por los anti-



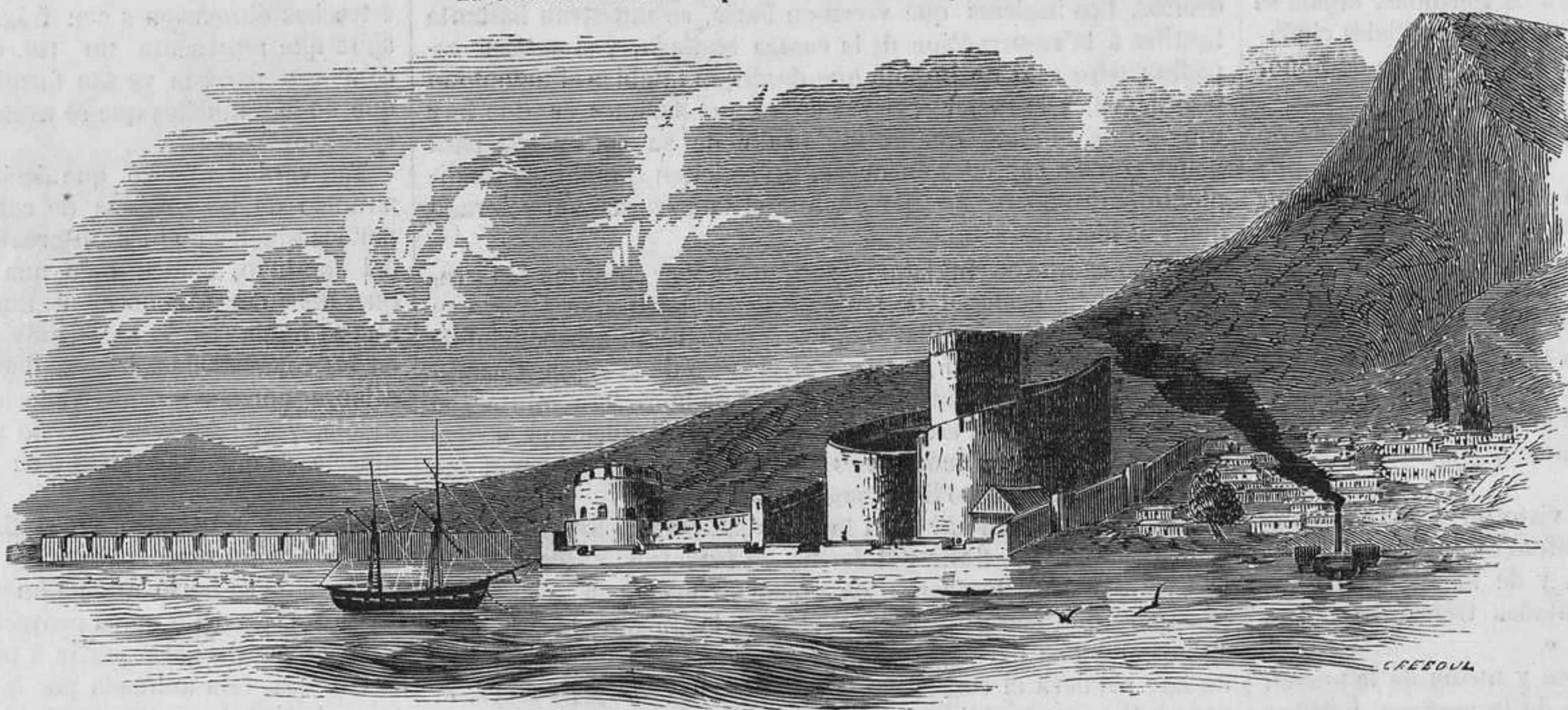


La escuadra francesa se pone á la vela en el puerto de Tolon.

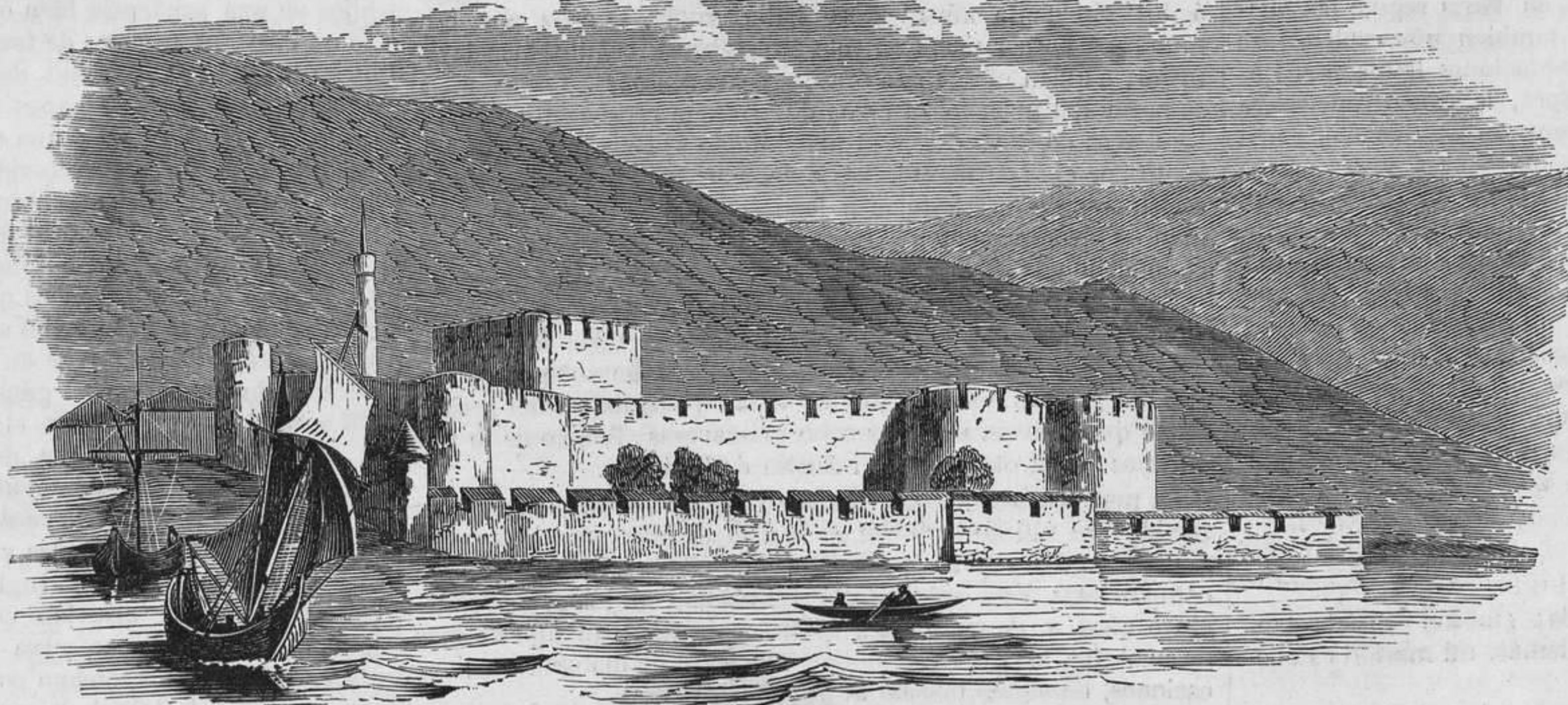
guos se distingue por las muchas penínsulas que tiene presentando gran número de bahías y de golfos, y sobre todo por la multitud de islas é islotes de que está sembrado, las cuales no ofrecen en su mayor parte mas que poblaciones escasas cuando no rocas desiertas.

Tal es la idea en resumen que puede hoy darse de esos puntos tan célebres en la historia antigua y hácia los cuales acaba de dirigirse la flota francesa que salió el día 23 del puerto de Tolon. Los navios que figuran en primer término son el *Napoleon* y el *Montebello*, llevando el primero á remolque al segundo: los demás son el *Carlomagno*, *Enrique IV*, *Valmy*, la fragata de vapor *Sané*, el *Bayardo*, el *Júpiter*, y en fin el buque almirante *Villa de Paris*. También el *Caton* forma parte de la flota, pero ha sido destacado de ella para ir á Marsella á recibir al embajador M. Lacour.

Digamos algo ahora del estrecho de los Dardanelos cuyo nombre ha de resonar tanto en los debates relativos á la cuestion de Oriente. Todo el mundo sabe que el estrecho de los Dardanelos separa la Anatolia de la península de Aktché-Ovasi, estableciendo una comunicacion entre el Archipiélago y el mar de Mármara. Tiene este estrecho 52 kilómetros (trece leguas) de largo y 6 kilómetros (legua y media) en su mayor anchura, es decir, entre los *Túmuli* conocidos bajo el nombre de tumbas de Ajax y de Hércules distantes cinco kilómetros la una de la otra. Estas son las orillas del estrecho de los Dardanelos donde estaban en otro tiempo los castillos de *Sestos* y *Abydos*, el primero en Europa y el segundo en Asia, y que hoy



Kilidh-Bahr, fortaleza que defiende la entrada de los Dardanelos del lado de Europa.



Hissar-Sultani, fortaleza del lado del Asia.



Entrada del Bósforo, por el mar Negro.

se hallan desiertos, pero se han construido otros dos castillos algo mas al Sud en el punto donde la anchura del canal no pasa de 9000 toesas. Llámase el de Europa *Kilidh-Bahr* y el del Asia *Hissar-Sultani*, siendo también conocidos por los *nuevos Dardanelos*. Este paso está bien defendido no solo por los castillos de Europa y Asia sino por algunas baterías hábilmente colocadas y que contienen unas 400 piezas de artillería.

Mas allá del mar Mármara, en la opuesta orilla, se halla Constantinopla situada en una península ó promontorio compuesto de siete colinas que se elevan á manera de anfiteatro encerrando en su forma triangular una superficie de 22 kilómetros sobre el Bósforo ó canal de Constantinopla que separa así el mar de Mármara del mar Negro, como los Dardanelos separan el Archipiélago del mar de Mármara.

¿Dirémos ahora algo de las causas políticas que motivan la marcha de esta escuadra francesa á los Dardanelos? Nuestros lectores saben bien que nos hemos impuesto el deber de no penetrar en semejante terreno. Dirémos solo que es triste ver en este siglo llamado de la civilizaci6n adoptar tales precauciones para mantener la paz europea, cuando no hay otro motivo para turbarla que la ambici6n de las grandes potencias obstinadas en sacrificarlo todo á sus miras comerciales ó á sus locas aspiraciones de dominaci6n universal.

Esperamos que el equilibrio europeo no sufrirá alteraci6n alguna, y la circunstancia de mediar la Francia en las negociaciones diplomáticas es la mejor garantía.

R. F.



Singular destino es el de este sitio venerado. Tumba de un Dios de paz, ha sido por espacio de mucho tiempo objeto de guerras encarnizadas, y hoy mismo, su posesion, — conocida con el nombre de cuestion de Oriente, — ó por mejor decir, su uso comun, es la causa ó el pretexto de dificultades que pueden comprometer la paz europea.

Cuna de nuestra religion, este Santo Sepulcro está en poder de los turcos, y ellos solos permiten la entrada en él. Sin renegar del nombre de Cristo, desprecian á sus sectarios. Sin un *backehich*, no es lícito inclinarse ante el sitio que fué teatro de los mayores misterios de la pasion.

¿Y qué decir de Jerusalem, la ciudad tres veces santa? Santa á los ojos de todo cristiano, es el fin de una piadosa peregrinacion; santa á los ojos del musulman, que ha levantado la mezquita de Omar, la mas venerada de todas despues de la de la Meca; los israelitas mismos piden la reedificacion del templo, y sumas ardiente deseco es morir en Jerusalem para ser enterrados en el valle de Josafat, cubierto hace tres mil años con sus monumentos fúnebres.

La iglesia del Santo Sepulcro solo presenta una fachada; las otras están cubiertas por diferentes construccio-

Los Santos Lugares. — El Santo Sepulcro.

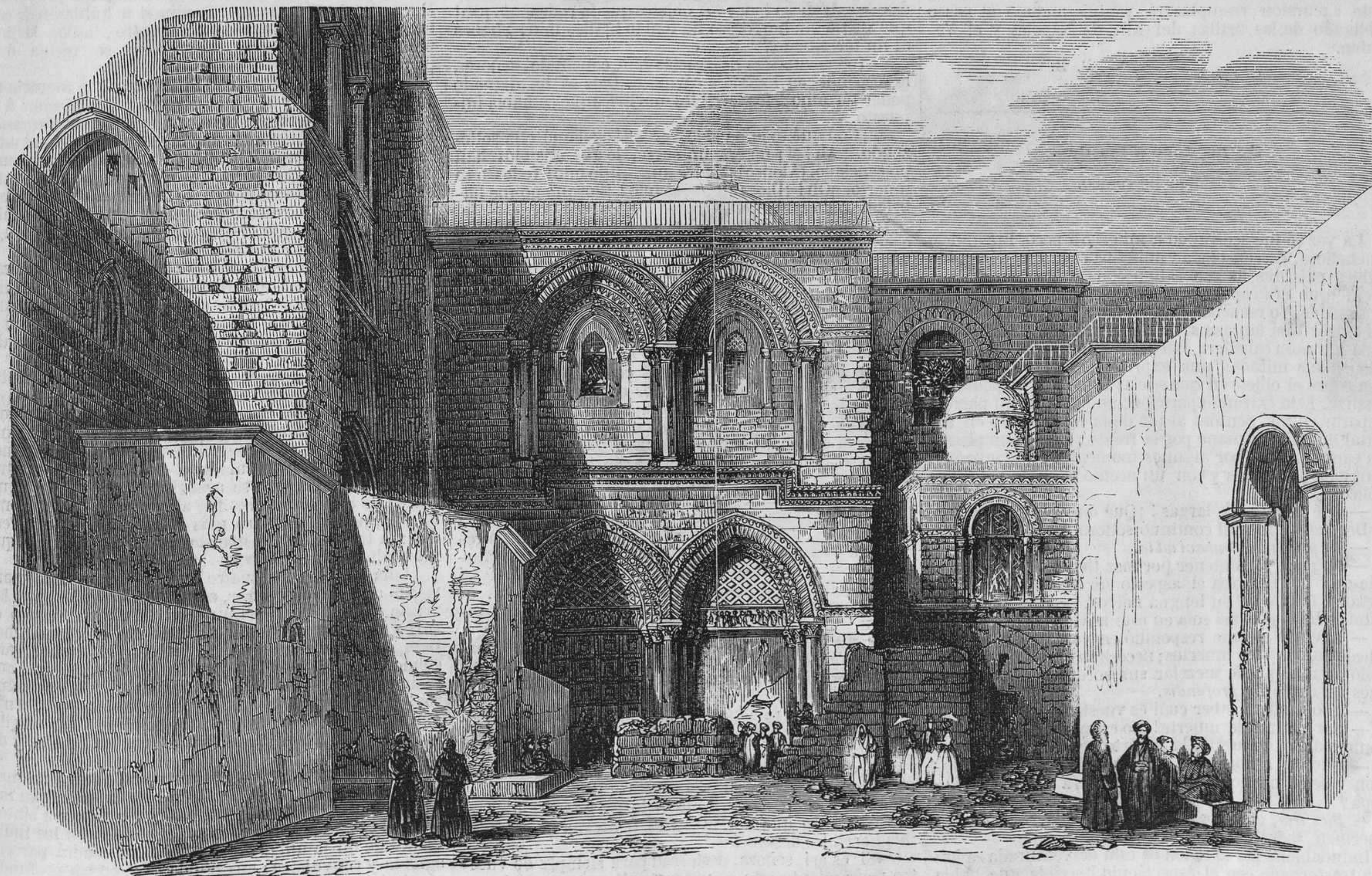


Iglesia del Santo Sepulcro. — Jerusalem. — Vista interior

nes; una torre alta se levanta á la izquierda; á la derecha, una capilla, que forma un cuerpo avanzado, y que corona una pequeña cúpula, blanqueada con cal, contiene el calvario, al cual se sube por una escalera de veinte peldaños para llegar á dos altares, uno levantado en el sitio donde Jesucristo fué puesto en la cruz, que toca á la pared exterior; el otro, colocado en la cavidad abierta en la roca para erigir en ella el instrumento del suplicio. En la cavidad inferior del Calvario están enterrados Godofredo de Bouillon y su hermano Baudouin.

Dos puertas daban en otro tiempo acceso al templo; la de la derecha está tapiada; la de la izquierda no se abre mas que á ciertas horas por los turcos, guardianes de esta iglesia.

Chateaubriand ha dicho: « La arquitectura de la iglesia es evidentemente del siglo de Constantino; el órden corintio domina en ella. » Haciendo justicia á la fidelidad escrupulosa del *Itinerario de Paris á Jerusalem*, guia la mas segura para visitar los santos lugares, no se puede hoy confundir el estilo romano y bizantino con la época de transicion que ha producido la ojiva, como tipo de construccion des de el tiempo de las cruzadas; la simple inspeccion de esta fa-



Iglesia del Santo Sepulcro. — Jerusalem. -- Vista exterior.



chada es suficiente para señalarle una fecha casi segura.

La descripción del embajador de Luis XIII, Deshayes, que Chateaubriand cita, es exacta en nuestros días; copiaremos algunos pasajes relativos al Santo Sepulcro:

« La iglesia del Santo Sepulcro es muy irregular, por haberse sujetado á los lugares que se quería que encerrara. Forma casi una cruz, con veintiseis pies de largo y setenta de ancho. Tiene tres cúpulas, de las cuales, la del Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia. »

Y mas adelante:

« El Santo Sepulcro está a treinta pasos de la piedra de la unción, justamente en medio del cimborio citado; figura como un gabinetito practicado en la roca viva por medio del cincel. La puerta que mira al Oriente no tiene mas que cuatro pies de alta y dos y cuarto de ancha, de modo que es preciso abajarse mucho para entrar. El interior del Sepulcro es casi cuadrado, tiene seis pies menos una pulgada de largo, y seis pies menos dos pulgadas de ancho. Hay una tabla sólida de la misma piedra, que se dejó al ahondar el resto. En esta tabla fué puesto el cuerpo de Nuestro Señor con la cabeza hacia el Occidente, y los pies al Oriente.... Cuarenta y cuatro lámparas arden constantemente en el Santo Lugar, y para dar salida al humo que despiden, se han abierto tres agujeros en la bóveda. El exterior del sepulcro está tambien revestido de tablas de mármol y de muchas columnas con una cúpula por remate. »

Como puede verse, las lámparas arden todavía en el mismo sitio que ántes; en la pared que corona la tumba se ve una pintura griega bizantina sin relieve, con la auréola dorada, injuriada por el humo. El Sepulcro, como en tiempo de Deshayes, está cubierto de mármol blanco, para impedir la indiscreción de los peregrinos que arrancaban pedazos para conservarlos como reliquias. Cirios y flores frescas adornan esta capilla misteriosa, que apenas puede contener diez personas; un monje de una de las comuniones encargadas de la guardia del Santo Sepulcro vela alternativamente noche y día, orando sobre el precioso depósito que se le ha confiado.

La capilla del Santo Sepulcro está precedida de otra, llamada capilla del Angel. Esta capilla obscura, que sirve como de pieza de paso para el Sepulcro, tiene la piedra sobre la cual descansaba la que servia para cerrar la entrada del Sepulcro; en esta piedra estaba el ángel que habló á las tres Marías, y su fundación data del tiempo de los primeros cristianos.

En la semana santa se reúne en Jerusalem el mayor número de peregrinos; veinte á treinta mil griegos ó rusos se juntan dentro de sus muros. Armenios, coftos y maronitas afluyen allí. En cuanto á los católicos, su número es mucho mas reducido. En otros tiempos la dificultad del viaje podia detener á los mas piadosos; ahora que la facilidad de las comunicaciones pone el viaje á Palestina al alcance de devotos y aficionados, esta excursión reemplazará ventajosamente el paseo obligado de las orillas del Rin, de Nápoles y el Vesubio.

P. B.

### De las doce a las dos.

#### EPISODIO HISTÓRICO.

(Conclusion.)

La voz se fué acercando á mí poco á poco. Era dulce, melodiosa, desconsolada y animaba cada una de las terribles palabras de este salmo con una expresión doliente que era capaz de helar de espanto el alma mas insensible. Yo escuchaba con la mayor atención, cuando ví entrar una fantasma, vestida de blanco, pálida y con una hermosa cabellera extendida sobre su espalda. Había en sus miradas una expresión torba, siniestra y fija sobre el objeto en que se clavaban, que no podia resistirse. Esta extraña aparición, no hizo alto ni pareció reparar en mí. Sentóse al pie de la cama; pasó en actitud dolorida la mano por la frente; é interrumpiendo su canto fúnebre por algunos momentos, murmuró en lenguaje portugués y con un acento lúgubre y melancólico.

— Qué noches tan largas! ¡Qué días tan eternos!

— Despues de lo cual continuó sollozando:

— *De profundis clamavi ad te.*

— No pude ya contener por mas tiempo la cruel agonía que me causaba el aspecto de aquella mujer. — Señora, la dije en su lengua nativa, — ¿qué desgracia fatal os ha dejado así sola en este navio desierto?

— Silencio, — me respondió en voz baja: — no se puede hablar á los muertos; necesitan silencio, silencio. Solo la mar puede mezclar sus sordos arrullos á los ecos del canto *De profundis*.

— ¿No pudiera saber cuál es vuestro nombre?

— ¡La muerte, la muerte! ¡Yo estoy muerta como él, como todos. La muerte, la muerte!

— Quereis, señora, que os saque de esta triste mansión y de en medio de estos mares para llevaros á Europa?

— *Dies iræ, dies illa,* — prosiguió ella, — silencio: duermen, todos duermen.

Indudablemente la razón de esta desventurada se habia trastornado con el espectáculo horrible que habia presenciado dentro de aquella embarcación. Le hice seña que me siguiera; pero lo rehusó con un movi-

miento de cabeza. Quise llevármela, y me rechazó con fuerza. Por fin la tomé en mis brazos y la saqué sobre cubierta. Cuando la vieron los marineros, el terror que se apoderó de ellos fué tal, que les faltó poco para tirarse al mar.

Confíe la desconocida á uno de mis oficiales que me habia acompañado, y me volví de nuevo á la cámara del navio. Allí tomé un cajoncito con dinero y varios papeles que me parecieron importantes, y di orden de bajar al bote y ganar otra vez nuestro bordo.

La desgraciada loca no queria venir; pero se dejó llevar sin resistencia.

Apénas llegamos al navio cuando todos nos rodearon para oír contar nuestra fúnebre expedición, y considerar el singular hallazgo que habia hecho. Llevé la jóven á mi gabinete haciéndolo disponer de manera que lo habitase ella sola, y me volví sobre cubierta, donde los marineros discutian con calor sobre las causas que pudieran haber producido la muerte de una tripulación entera; unos lo atribuian á un combate naval: pero el navio no tenia señal alguna de daño causado por las balas: otros se empeñaban en explicarlo por medio de algun fenómeno sobrenatural.

De repente se le ocurrió á uno de ellos la idea de peste: ya no hubo mas divergencia de opiniones: todos asintieron unánimes á esta explicación de la mortandad ocurrida en el navio.

— Y esa mujer, esa mujer que el capitán ha traído á bordo, va á traernos el contagio de esa horrorosa enfermedad, exclamaron á un tiempo muchas voces. Es preciso que no permanezca entre nosotros: vamos á arrojarla al mar.

— ¡Al mar esa mujer contagiosa! gritaron todos precipitándose hácia la cámara y apoderándose de la desgraciada, ántes que pudiese llegar á socorrerla. Me lancé entre ellos con la velocidad del rayo y preparé una de mis pistolas.

— ¡Deteneos! les dije, en el momento en que despues de haber agarrado á la jóven con unos garfios porque no se atrevian á tocarla con sus manos, la iban á arrojar al mar. ¡Deteneos! si cometéis un crimen semejante, si atentáis á la vida de esa mujer, por el Dios que me oye, pongo fuego á la *santa bárbara* y hago volar el navio que vosotros habréis deshonrado.

Ellos sabian que yo era capaz de hacerlo como lo decia, y así saltaron su presa. Llamé entonces á uno de mis oficiales, el que tomando la pistola preparada, apuntaba hácia la pólvora en mi lugar, y me fuí á socorrer á la desgraciada que en aquel accidente se habia desmayado. La conduje nuevamente á la cámara de donde la habian sacado los marineros, y allí con la ayuda del cirujano, logré volverla en sí despues de muchos esfuerzos. Con una indecible alegría y con una sorpresa no ménos agradable, noté que habia recobrado la razón cuando volví en sí.

¿Donde estoy? me preguntó recorriendo con miradas de extrañeza todos los objetos que la rodeaban. ¡Oh! qué sueño tan horroroso he tenido! ¡Dios mio! ¿habrá al fin terminado?

— Todas vuestras desgracias han concluido, señora, le respondí con lenguaje cariñoso. Dios se ha dignado poner término á los terribles martirios que os habia impuesto.

— ¡Con qué todo ha sido verdad! exclamó ella sollozando. ¡Ah! si; no era un sueño lo que mis ojos han presenciado. ¡Alonso! ¡Madre mia! ¡Hijo mio! Todos han muerto. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Porqué no me habeis llevado cerca de vos como á ellos!

Yo llegué á temer por un momento que volviese á caer en su triste demencia; pero el sacudimiento y el terror causados por las amenazas y las violencias de mis marineros, habian producido sobre ella una revolución saludable. No se necesitaba mas que un asiduo cuidado para asegurar del todo esta feliz curación.

Sin embargo, quedaba aun á la convaleciente una profunda tristeza, que nuestras atenciones y desvelos apenas podian distraer algunos cortos instantes. Y si por casualidad se hacia la menor alusión á lo pasado, este recuerdo le ocasionaba siempre una agitación nerviosa, y un delirio que, aunque pasajero, retardaba su completa curación. Durante los seis meses que pasó á bordo, evitamos siempre con cuidado, todo lo que podia alterar su tranquilidad. Mi tripulación despues de haber querido asesinar á Margarita, porque así se llamaba la enferma, habia concluido por tomar en sus penas una parte activa, y el mas vivo interés en cuanto hacia relación á su persona. Los mas rudos de nuestros marineros se creian dichosos en merecer su estimación. Y así es que ella no quiso desembarcar en el Brasil, ni abandonar nuestra compañía, mientras duró mi navegación.

Por fin llegué á Lisboa, y allí fué preciso separarnos. Entonces la entregué la cajita llena de oro, que habia hallado en la cámara del navio en donde la recogí.

— Esta cajita pertenecía á mi marido, — dijo derramando un torrente de lágrimas. — ¡Pobre Alonso, qué muerte tan cruel!

Esta es la primera vez, despues de su restablecimiento, que la oía hablar de su triste aventura.

— ¡Oh capitán! — continuó, — ¡lo que he sufrido en ese navio! Siento que mi razón se trastorna al recordar mis horribles desgracias.

— Si es así, señora, desterrad para siempre de vuestro pensamiento este recuerdo fatal.

— No, — me dijo ella, — no debemos rechazar así de nuestra alma la memoria de los muertos, solo porque

nos es penosa. ¡Alonso! ¡Mi querido Alonso! ¡Mi pobre hijo!

Y corrian de nuevo por sus mejillas lágrimas abundantes.

— Vos me habeis hallado privada de la razón, sola en un navio y rodeada de cadáveres. Esto es bien triste, ¿no es verdad? Pues vos no conocéis aun, capitán, lo que hay de mas doloroso en mis desgracias. Escuchadme, mi noble y generoso amigo, y juzgad cuan grande es mi infortunio.

— Don Alonso me habia elegido por esposa, cuando yo estaba pobre, abandonada y reducida por la mas horrorosa miseria á un oficio tan vergonzoso y degradante, como era el de servir de muestra á un peluquero. Me era preciso en tan triste estado sufrir la insolente curiosidad de una multitud de personas de todas clases; pero Alonso me arrancó de esta miserable situación, me dió su nombre, me hizo rica y feliz, me amaba con delirio, y era con respecto á mi madre un hijo tierno y respetuoso. Juzgad del amor y de la veneración que yo le profesaria, y que aun le profeso en el fondo de mis entrañas.

— Mis desgracias parecian ya haber concluido, y la fortuna me colmaba de favores en cambio de los aciagos golpes con que me habia herido. Esta dicha, sin restituir á mi madre la razón por completo, le proporcionó sin embargo, intervalos de descanso en que la recobraba algun tanto, y si no la curaba su alma, al ménos reanimaba su cuerpo. En fin, capitán, llegué á ser madre. ¡Madre! ¡Señor! vos no podeis comprender la inefable delicia que encierra esta mágica palabra. ¡Ah! yo no podia imaginar que la felicidad maternal podia expiarse con tormentos tan crueles como los del infierno.

— Mi hijo tenia ya dos años y yo veinte, cuando una noticia inesperada vino al parecer á acabar de colmar las dichas y prosperidades que nos rodeaban. Un pariente remoto que residia en Méjico, acababa de legar á Alonso una herencia considerable. Juzgad de la alegría de mi marido. En cuanto á mí, sin embargo, no pude retener una lágrima de sentimiento, porque al tener noticia de esta nueva fortuna supe tambien que la presencia del heredero en Méjico era absolutamente necesaria.

— ¡Dios mio! ¡una separación, una larga separación vienen á anunciarme, amigo mio! le dije yo.

— ¡Una separación, Margarita! ¡Yo abandonar un solo instante á la mujer que tanto adoro! Jamás. Soy bastante rico para poder fletar un barco á mi costa. Procuraré reunir en él todas las comodidades posibles á fin de dulcificar las incomodidades y las privaciones de una larga navegación, y así podremos irnos, tú, tu madre y nuestro hijo. Así visitaremos estos bellos países, que ahora desconocemos. Si nos gustan mas que la Europa los habitaremos siempre: si te aflige una vez allí el recuerdo de Portugal, pronto daremos á la vela para Lisboa. ¿Qué me dices de estos proyectos, Margarita? ¿Te agradan? Porque si te hubiesen de costar una sola lágrima ó un suspiro, adios Méjico; poco me importa que la herencia se recoja ó se pierda.

— Yo abracé á Alonso con la ternura que merecía un amor semejante, y un mes despues nos hacíamos á la vela para Méjico en un bajel que se llamaba *Margarita*.

— El único incidente desagradable que tuvimos al marchar, fué la desaparición de un marinero, tanto mas notable, cuanto que hacia tres días que se habia establecido en la fragata, por cuyo motivo creímos ménos una deserción que un acontecimiento extraño, y no faltó quien supusiera que el desgraciado habia caído á la mar sin que nadie lo viese.

Los primeros días de navegación se pasaron con una calma y una dicha que no puede describirse; mi hijo gozaba y se divertía con las maniobras y el movimiento de los marineros; mi madre parecia reanimarse con el aire de la mar, y Alonso pasaba la mayor parte del tiempo á mi lado leyendo trozos de nuestros poetas.

— El tercer día de travesía el cirujano se acercó á hablar á mi marido en voz baja y con infalibles muestras de agitación; no pude entender lo que le dijo, pero noté que Alonso perdió el color, se levantó precipitadamente y siguió al cirujano dando órdenes á algunos marineros para que arrojasen al agua el cadáver del que no pareció al partir, que se acababa de encontrar en un rincón de la bodega. Esto fué al ménos lo que á mí me dijeron, pero esto no era mas que una parte de la verdad; la tristeza de mi marido no me dejaba duda que me ocultaba algun secreto.

Al día siguiente los cuatro marineros que habian arrojado al mar el cadáver, amanecieron malos, y á las veinte y cuatro horas murieron. En seguida tocó el turno al cirujano; Alonso no pudo callármelo por mas tiempo; la peste se habia declarado en el buque. ¡Para colmo de desdichas un sol ardiente nos abrasaba, aumentando la intensidad y los progresos de las calenturas! El capitán, su segundo y los oficiales que iban á bordo sucumbieron; y siendo imposible ya dar una dirección al barco, vogabamos á merced de las olas y de los vientos.

— Sin embargo, la peste habia respetado aun á mi marido, mi madre y mi hijo: á pesar de la espantosa infección que exhalaban tantos cadáveres, ningun síntoma de la enfermedad se habia presentado en los individuos de mi familia. Una mañana mi madre parecia agitada y convulsiva; en seguida cayó en un profundo abatimiento, y mi marido me arrancó á la fuerza de su lado: pocas horas despues habia un cadáver mas en el buque. A cada momento examinaba con terror las fac-



ciones de mi marido; una tarde se me acercó débil y vacilante; le tendí la mano para sostenerle; pero me hizo seña de que no le tocara, me mostró á mi hijo, y cayó á mis piés: lo cubrí de besos para reanimarle, pero ya no existía. Tuve intenciones entónces de arrojarle al mar, y lo hubiera hecho si Dios no me hubiese dado valor para resistir tan criminal tentación. Con todo, ¿no hubiera sido un consuelo la muerte para una pobre mujer con su hijo, sola en una embarcación cubierta de cadáveres y abandonada en medio de los mares? Tal fué mi suplicio durante un mes; un mes largo como la eternidad del infierno.

Creía que mis desgracias habían llegado á su término, pero me restaba aun sufrir otro tormento mil veces mayor. Sentada sobre la cubierta con mi niño en los brazos, lloraba considerando la extensión sin límites de la mar, en la que reinaba la mas completa calma, y pedía á Dios, viento, una tempestad, cualquiera cosa que quitase al barco su inmovilidad y lo arrojara á algun punto donde hallase auxilio ó perdiera la vida. Una enfermedad extraña se apoderó de mí; los ojos me representaban mil visiones, las fuerzas me abandonaron, y caí en el mismo sitio donde estaba imposibilitada de todo movimiento. En tan horrible situación, oía á mi hijo que me llamaba llorando, que se desesperaba, y yo no le podía consolar...

¡Dios mío! ¡tus pruebas son terribles!... Lo que pasó despues no lo puedo explicar; mi razon se extravió y no la he recobrado sino en medio de vuestros marineros que querían arrojarme al agua. ¡Porqué no lo hicieron, Dios de bondad!...

Entónces procuré consolar á doña Margarita: semejantes dolores no admiten consuelo, pero es un deber tratar de mitigarlos.

Sin cesar oigo la voz de mi hijo, —añadió doña Margarita con una expresión que me hizo estremecer; en la soledad de la noche sus gritos de ¡madre mía! ¡madre mía!... me persiguen y me desvelan... por el día creo oírlo á cada instante... ¿Sabeis vos, capitán, lo que es el cariño de una madre?

Nos separamos en seguida y no he vuelto á ver á esta señora hasta el día que la encontré en París en el baile en que el señor Bellini, prendado de su hermosura, me la enseñó danzando con muestras inequívocas de una felicidad completa.

— Y despues ¿qué habeis sabido? — preguntó Bellini.

— Despues, — replicó el capitán, — la he visitado en su magnífica casa, porque la viuda de don Alonso es hoy esposa del marqués de Villavicencio. Me recibió en su gabinete rodeada de cuanto ha inventado el lujo para hacer la vida agradable, y con una niña en los brazos como de edad de diez y ocho meses.

— ¿Y qué os dijo? — preguntamos casi todos á la vez.

— Me habló de su dicha, del amor que la profesa el marqués, de las gracias de su hija y de un vestido de baile que la estaban concluyendo para la función que habia la misma noche en casa del embajador inglés.

— ¡Cómo! — replicó Bellini, — ¿ni una palabra de lo pasado, ni un recuerdo de Alonso y de su hijo, muerto de hambre á la vista de su madre cuyo auxilio imploraba en vano?

— Señores, — respondió gravemente el capitán, — cuando Cervantes, ese inmortal genio, estaba espirando abandonado en medio de la miseria, uno de sus amigos, manco como él, le hablaba de la memoria como del mas precioso don que la Providencia ha concedido á los mortales. Aun hay otro mayor, — interrumpió el autor de *Don Quijote*; otro sin el que la vida humana no sería mas que una larga é interminable tortura; ese bien, regalo de la divinidad, es el *olvido*.

— ¡El olvido! ¡el olvido! — replicó Bellini. — Esa palabra hiela la sangre en las venas.

— He ahí lo que somos los hombres, como si la vida fuese tan larga y feliz, queremos amargar la poca dicha presente con el recuerdo de lo pasado.

— No participo de vuestras ideas, capitán, continuó el maestro; es horrible pensar que el hombre mas querido no deja en este mundo sino un ligero recuerdo que el tiempo ha de extinguir.

Héme aquí rodeado de amigos verdaderos; si mañana muriese, pasado el primer instante quedarían alegres y contentos sin acordarse de mí y sin que acaso le ocurriese á ninguno al oír mi música decir: ¡Pobre Bellini!...

¡Nosotros olvidarte! exclamaron todos, eso no. No se olvidan de esa manera á los hombres como tú.

Algun tiempo despues el autor de este artículo se quejaba, en un periódico de París, de que hubiesen transcurrido dos años de la muerte de Bellini sin que hubiesen puesto una losa sobre su tumba, á pesar de que se abrió una suscripción al efecto entre sus amigos. Cervantes tenia razon.

### Precauciones y remedios

CONTRA VARIOS INCONVENIENTES QUE ALTERAN LA HERMOSURA.

Muchas personas habrán observado que en temporadas suele secarse y abrirse la piel, levantándose, como sucede despues de un día de campo en que se ha pegado el sol á la cara, y otras veces naturalmente y sin causa manifiesta; nada es ménos ventajoso para una mujer,

cuyo primer mérito es á nuestros ojos la tersura, igualdad y suavidad de la tez. Por fortuna ese accidente se remedia con gran facilidad, lavándose con el agua aromatizada de *Ninon de Lenglos*, de tintura de benjuí y agua de Colonia.

No todas las personas tienen la fortuna de haber recibido de la naturaleza una mano nutrida, torneada, cuyos dedos rematen en diminución casi insensible, simétricamente sembrada de suaves hoyuelos y adornada de uñas elegantes y bien dibujadas. De todos modos ningún cuidado está de mas cuando se trata de conservar buena mano, ó de disimular sus defectos naturales. La mano es desde luego la señal primera que revela la calidad de la persona; de ella se infiere su educación; de su sola vista los elegantes modales y hasta el delicado modo de pensar de su dueño. La mano ha distinguido y distinguirá siempre á la gente fina de la ordinaria, á la rica de la pobre. En ninguna parte se observa mas esta verdad que en las máscaras; así que generalmente lo primero que se pretende ver es la mano de la persona disfrazada. Una mano negra, curtida, áspera, desigual, dedos comidos por la aguja y la seda, descubren á una modista ó una doncella de servicio. Los padrastrós á una persona, poco aseada ó que tiene el vicio de morderlos ó arrancarlos. Unas uñas mal cortadas, el descuido, la completa ignorancia de los usos sociales y la ausencia de la buena sociedad. Multitud de causas conspiran diariamente á afeár la piel que rodea las uñas y á resquebrajarlas produciendo padrastrós. Estos, descuidados, se aumentan horriblemente, se ensangrientan á menudo y causan dolores insufribles. Hay quien tiene la inhumana y selvática costumbre de arrancarlos hasta con los dientes. El resultado de este vicio tan grosero es quedar desnuda la uña, y no pocas veces resulta de él el panadizo y el úlcero, si bien puede reconocer otras causas casuales in dependiente de la persona. En cuanto se advierta un padrastró, córtese cuidadosamente con las tijeras y bñese con un poco de aguardiente mezclado con agua: si fuese prolongada su señal, cúbrase con un pedazo de tafetan de Inglaterra.

Por lo que respecta á la caraosidad fea y desigual que suele agolparse en derredor de las uñas, debe cuidarse de evitarla estirando hácia atrás, cuanto sea posible, con una toalla suave la piel que rodea la uña despues de lavarse: mientras mas desahogadas quedan las uñas, tanta mas gracia y hermosura adquieren. Deben cortarse á menudo en semicírculo, quedando los lados altos: la yema del dedo ha de quedar enteramente cubierta, porque la uña corta es señal de criadas y fregonas: la demasiado larga es propiedad de gavilanes y guitarristas. El mejor modelo para el corte de las uñas es la observación de las estatuas. Debe cuidarse también de lavarlas diariamente con el cepillito á propósito, embebido en agua de jabón de olor, despues de haber desahogado la parte interior por medio de los cueros, que suelen tener cepillos en el extremo opuesto al de las crines. Debe también pasarse suavemente por el borde recién cortado de las uñas, la lima del dorso de la tijera, para evitar toda desigualdad.

### Notas y Recuerdos

DE COMO SE EMBARCA EN KEY-WEST, Y SE DESEMBARCA EN LA HABANA.

El 4 de enero de 1849 me desperté en mi camarote á bordo del vapor americano *Isabel*. Estabamos en el mar delas Antillas, derrotero de la Habana, y la vispera habiamos tocado en Key-West, nido de especuladores de naufragios. Key-West no es todavía mas que una villa, que será pronto una ciudad, enriquecida con los despojos del naufragio y el coral de sus bancos de arena. Su población se compone de prácticos, verdaderos pájaros de la tempestad, que especulan con ella.

Cuando nosotros abordamos, habia en reparación un gran buque de vapor, que no gastaría allí ménos de doce mil pesos. Cuando la campana nos llamó á bordo, aun habia en el puente muchos de aquellos marineros que calculan de antemano el valor de una presa que esperan recibir mas ó ménos pronto de manos de la tempestad. Bajo estos auspicios lúgubres se hace el embarque en Key-West, y no es extraño que los espíritus supersticiosos sientan alguna aprensión, sobre todo, si el tiempo es sombrío, y el mar está malo.

Con respecto á nosotros, la luna espléndida, que se reflejaba en las aguas tranquilas del Océano, y la calma de la atmósfera parecia que se complacían en desmentir los siniestros presagios de los cuervos de Key-West. Yo me recogí en mi camarote á dormir, con la esperanza de llegar en la mañana siguiente á la Habana.

Al hacerse de día me vestí y subí al puente, donde muchos de mis compañeros se hallaban, preocupados con la esperanza de descubrir la isla de Cuba.

Los que no han viajado, no conocen el placer de descubrir despues de una travesía el fin de su viaje; el sentimiento de bienestar íntimo con que se devora el espacio, anticipándose al buque con el pensamiento para apresurar la aproximación de la tierra, cuyo aspecto se destaca y crece lentamente, señalando primero masas informes, mas tarde detalles minuciosos. Muchas veces he atravesado los mares, pero cualquiera que fuera mi fortuna, he contemplado siempre sus costas con ojos de codicia y de satisfacción.

El sol quebraba sus rayos dorados en las blancas murallas que protegen y defienden la entrada del puerto de la Habana. A la derecha y sobre una playa ménos

elevada se ostentaban en pendiente sensible las casas bajas y pintadas que forman el vasto arrabal de la ciudad, fuera del recinto de las fortificaciones. Algunos signos del faro construido bajo el gobierno del general O'Donnell, anunciaban la llegada periódica del *Isabel*. Desde la popa estabamos contemplando la ciudad mas admirada de los fumadores, y gozosos con nuestra próxima libertad, dirijiamos adioses burlescos al buque, aquellas chanzas, y admiraciones sencillas de la tierra prometida, á que deben estar acostumbrados los habitantes nómadas de los vapores. En lo mas fuerte de la expansión de nuestro buen humor, una chalupa con las insignias del consejo de sanidad nos pidió un cable de remolque, esto nos dió que pensar; los juegos cesaron, y las fisonomías tomaron un aspecto mas grave. Cada uno reflexionaba en los estragos que hacia el cólera en la Nueva-Orleans, y todos habian oído hablar de las prudentes é inexorables precauciones de los españoles en semejantes casos. Esta reflexión se comunicó en seguida, primero chaceándose, despues con duda, mas tarde con cierta inquietud, cuando el piloto, con voz perfectamente clara articuló la orden de gobernar hácia la cuarentena. Este fué un golpe de teatro. ¡Una exclamación se levantó á bordo! El capitán, descontento, dudaba; pero en este momento la chalupa se acercó al buque y en medio de un religioso silencio se entabló el siguiente diálogo:

— ¿De dónde vienen Vds.?

— De Charleston.

— ¿Dónde han tocado Vds.?

— En Savannah y en Key-West.

— ¿Hay casos de cólera en esos puntos?

— No.

— ¿Tienen Vds. pasajeros de Nueva-York?

— No, aquí están los pasaportes.

— Guárdenlos Vds.

— ¿Tienen Vds. diarios de Charleston?

— Sí.

— Tengan Vds. la bondad de comunicarnoslos.

El capitán se disponía á echarlos en la chalupa, cuando se le rogó que los arrojara al mar. Purificados por medio del agua salada, fueron cogidos y examinados. Al cabo de un instante:

— Diríjanse Vds. al lugar de costumbre, en la rada; al mediodía les comunicaremos á Vds. la decision del consejo de sanidad, hasta entónces se les prohibe á Vds. toda clase de comunicacion. Hasta la vista, capitán.

Gobernóse hácia el puerto, y vigilados por una canoa de la sanidad, hicimos sin apetito un desayuno que nos pareció amargo.

Como es de pensar, los comentarios no escaseaban, y los cigarros se mordían con rabia, desdeñando el admirar uno de los puertos mas hermosos del universo. Ni los cocos ni las palmeras, agitadas suavemente por el viento, eran capaces de fijar nuestras miradas; nosotros aguardabamos el mediodía; á mediodía nada! — ¡La tripulación decia, no nos libramos de la cuarentena! Cada canoa que atravesaba á distancia, era el punto de mira de todos los ojos.

Si la chalupa de sanidad viene sola, nos dijo el segundo, es que no se necesitan los pasaportes.

— ¿Y si no se necesitan los pasaportes?

— Es que nadie debe desembarcar.

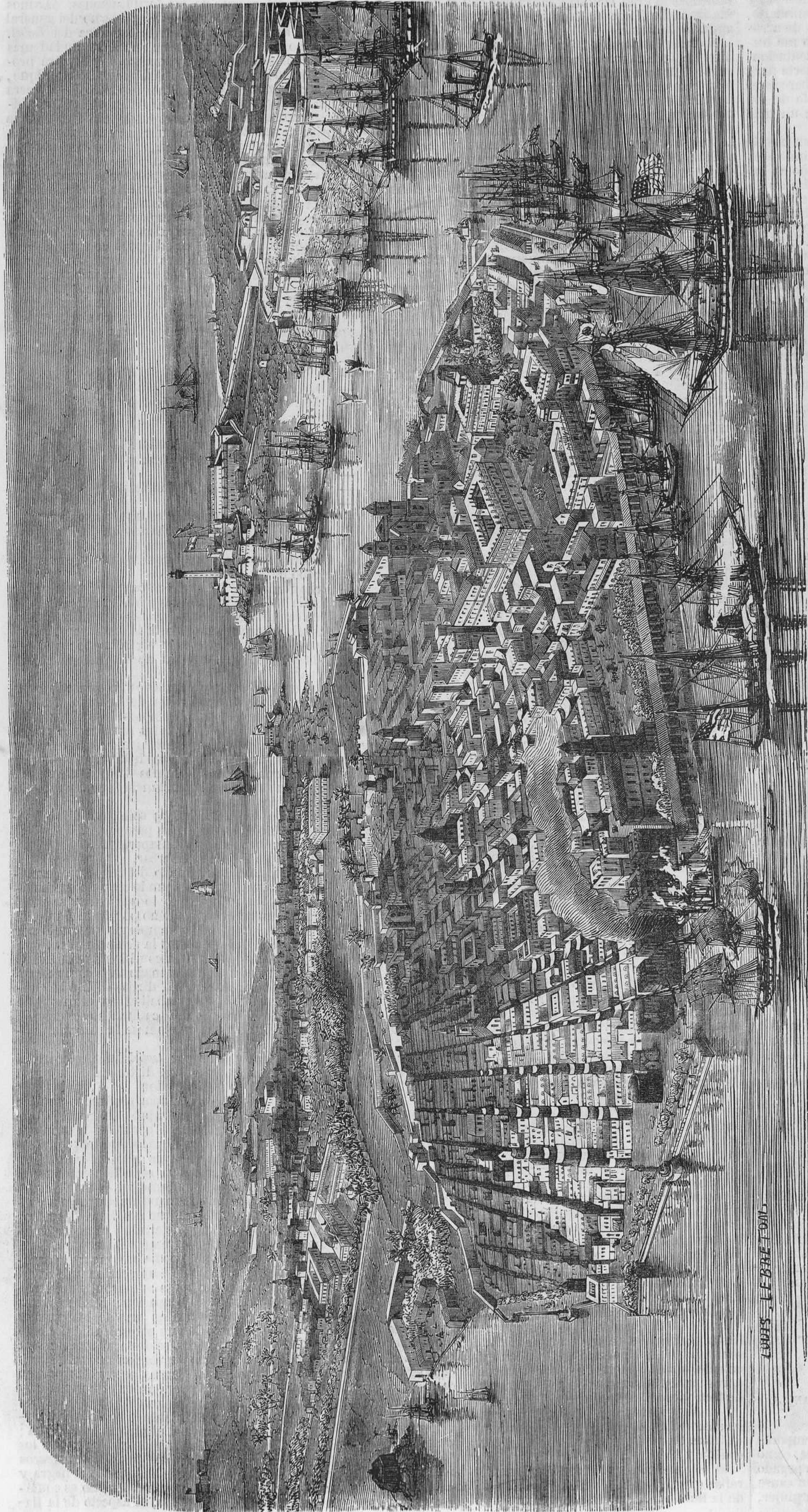
A la uña, un pasajero, armado del telescopio, exclamó: — ¡La chalupa! Todo el mundo se puso en movimiento. El capitán comprendió lo que era, y se entró en su cámara murmurando. Como por la mañana, la chalupa se acercó, y el mismo empleado preguntó por el capitán. Subió este, y oímos la frase inglesa, que aun resuena en mis oídos. — La comision de sanidad se reunirá de nuevo esta noche, y mañana le comunicaré á Vd. su resolución; entretanto, dirijase Vd. á la cuarentena, y enarbole Vd. este pabellon en el mástil de mesana. Ahí va el pabellon. El capitán no se movió; llamó á un marinero, para que tomase la insignia maldita.

Levantada el ancla, el vapor *Isabel* fué á colocarse á 120 brazas del ponton, y á poca distancia de algunos otros buques con el mismo pabellon.

Todo á bordo cayó en un estupor profundo, nuestra suerte estaba decidida, solo se trataba del partido que cada uno tomaría. Permanecer á bordo del ponton era correr los riesgos de la cuarentena, si un buque infestado llegaba, y se trataba de un solo enfermo. Si el cólera se declaraba, no habia ya remedio; era preciso ó esperar la extinción de la enfermedad, ó morir como un animal hidrófobo, sin una mano amiga que nos cuidara, sin una mirada cariñosa que nos diera valor. Por mi parte, pues, no vacilé, y determiné cambiar completamente de itinerario, y regresar á Charleston.

Sin embargo, la cuestion no podia prolongarse eternamente, y cuando el torrente de imprecaciones se habia abjerto libre paso, los espíritus se calmaron, y cada uno pensó en buscarse alguna ocupación. Entónces nos apercibimos de que estabamos en uno de los puertos mas hermosos del mundo. Con un sol espléndido, y bajo el cielo azulado de los trópicos, se destacaban á nuestra vista las perspectivas de una vegetación nueva. Hileras de cocos y palmeras, casas blancas protegidas por su sombra, líneas azules que se perdían en el horizonte, y cuyos detalles nos revelaba el anteojo de bordo. Los *Ferry-boats* cruzaban á cada instante la bahía, para dirijirse á Regla, especie de arrabal al otro lado del agua; las embarcaciones, con su tienda redonda, surcaban los alrededores, y en las lanchas del puerto, los negros semi-desnudos ofrecían al rigor del sol su piel negra y lustrosa, y su vigorosa musculatura. Preciso es confesar, que aun desde la cuarentena, el aspecto de la Ha-





Vista de la Habana á ojo de pájaro.

bana tiene mucho atractivo, y una originalidad, esencialmente pintoresca.

A poca distancia habia un miserable islote arenoso, como de treinta pasos de largo. El pabellon amarillo flotaba en él sobre un montecillo; ni un árbol, ni un arbusto reverdecia allí. Este era el paseo consagrado exclusivamente á los habitantes de la cuarentena. Algunos de estos pobres diablos, medio muertos de fastidio, abordaban algunas veces, y se volvian muy pronto.

Las canoas no tardaron en presentarse llevando cada una un guardiamarina para vigilar la distancia dejada entre ellos y nosotros. Eran personas que tenian á bordo parientes ó amigos. Las conversaciones eran invariablemente las mismas; todas giraban sobre la cuarentena, y si alguna vez eran contradictorias, solo era para mostrarnos una perspectiva desoladora. Trajéronse provisiones, y á la sombra de la vasta tienda, se amontonaron las piñas que nos ayudaron á pasar el día.

Llegada la noche, la luna estaba serena y brillante, derramando á plomo sobre nuestras cabezas la claridad mas amorosa; pero los pasajeros se mostraban insensibles á su encanto, y á las nueve todo el mundo estaba acostado, excepto otro pasajero y yo que habiamos permanecido en el puente. No podiamos abandonar tan bello espectáculo, noche tan magnífica, y fumabamos y hablabamos, apoyados en la banda. Así, mucho tiempo despues que reinaba el mas profundo silencio á bordo, entramos en nuestros camarotes, dispuestos á tomar nuevamente rumbo al dia siguiente para Charleston.

Las noticias no eran favorables á la mañana siguiente. El agente de la compañía se acercó en una canoa, siempre vigilada.

— ¿Qué noticias? preguntaron diez voces á la vez.

— Malas, respondió él. Anoche tuvo sesion la junta de sanidad, y la única cuestion que se ventilaba esta mañana era saber el número de dias de cuarentena que se debian señalar.

— ¿De esa manera, no queda esperanza?

— Ninguna.

No quise oír mas. Bajé á mi camarote, y me puse á escribir una carta á uno de mis amigos que me aguardaba en Matanzas, llena de imprecaciones, en el diapason de las de la Camila de Corneille. Hecho esto, volví al puente, justamente cuando se descubria la chalupa de la sanidad. La curiosidad fué mínima. Ya sabiamos nuestra suerte. No obstante, el coloquio comenó.

— ¡Toma! piden los pasaportes.

— ¡Toma! ¡toma! los examinan, y los hombres de uniforme se consultan en voz baja.

— ¡All right! pronuncia una voz clara. Nos miramos los unos á los otros, nos restregamos ojos y orejas, y no queriamos dar crédito al testimonio de nuestros sentidos.

— ¡Hé! ¿qué ha dicho?

— ¡All right! repitió la voz; echen Vds. la escala.

Si hubieran cruzado pelicanos en aquel momento por encima del buque, hubieran caído redondos sobre el puente, aturdidos por el inmenso clamoreo que se levantó: ¡gritos! ¡bravos! ¡hurrás! El oficial de sanidad tuvo la imprudencia de subir á bordo, y todos se lo disputaban. En la expansion de una ternura tan cariñosa, la mitad del faldon de la cascaca quedó pendiente de un garfio, y su sombrero hubiera caído al mar, si no fuera por la agilidad de un marinero que lo cogió al vuelo con las tenacillas de acero, y que se lo restituyó por esta via de comunicacion. En seguida vino la flotilla de las canoas; los hombres invadieron el puente; las malas fueron sacadas con permiso de la aduana, y dos horas despues, ya no quedaba á bordo del *Isabel* mas que la tripulacion, el gato, el cocinero y el empleado de la aduana.

De esta manera, despues de tan diversas emociones, pusimos el pié en el muelle de la Habana.

R. T.



Inauguración del camino de hierro de Turin á Savigliano (Piamonte) el 13 de marzo de 1853.

El Boletín de Caminos de hierro de Turin trae el siguiente artículo :

« El 13 de marzo se inauguró por primera vez un ferro-carril en los Estados sardos, con la pompa y aparato propios de un acontecimiento tan importante. El rey de Cerdeña y el príncipe hereditario quisieron presenciar la ceremonia; el príncipe de Saboya-Carignan, el Senado, la Cámara de diputados, los ministros y muchas personas de distinta categoría, componían el convoy que salió de Turin á las 10 y 1/2, y llegó á Savigliano á las doce menos algunos minutos, en medio de los aplausos de toda la población, interrumpidos solo por las músicas de la ciudad y la del regimiento de caballería de Saboya.

» La estación de Savigliano estaba adornada con mucho gusto y magnificencia; el embarcadero es espacioso y de un



TULES. GAILDRAN

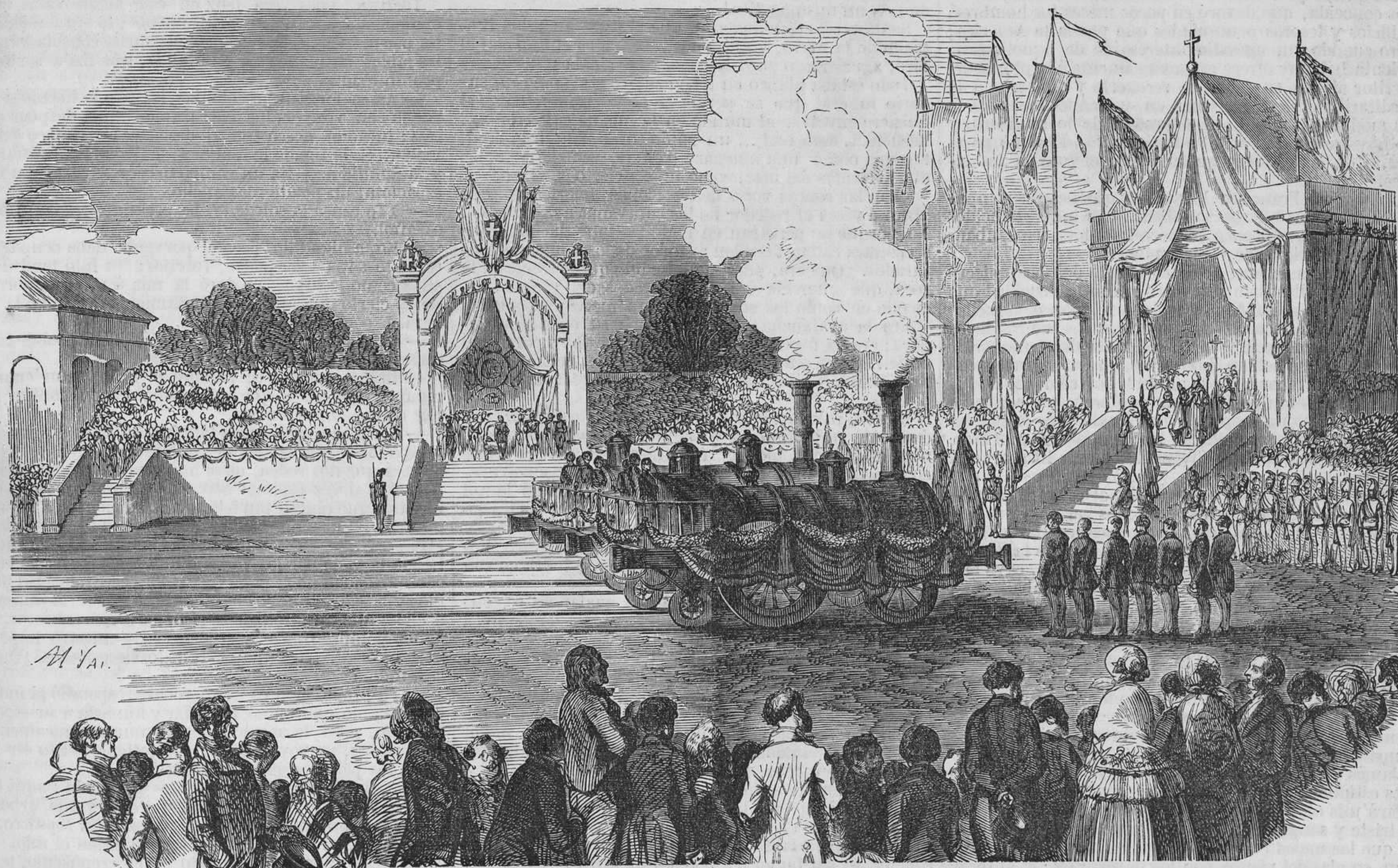
El clero recibe al rey.

buen estilo arquitectónico. La ceremonia religiosa celebrada por el señor obispo de Casale, natural de Savigliano, daba un nuevo interés á la circunstancia.

» S. M. salió de Savigliano con un convoy especial, concluida que fué la ceremonia. Las demás personas asistieron á un convite que les dió la compañía del camino de hierro.

» Los periódicos sardos del 15, la Gaceta piamontesa, el Parlamento y la Opinione describen detalladamente esta hermosa fiesta, tributando los mayores elogios al director de la compañía, el señor Moncardi, así como al ingeniero Spurgazzi, y á M. Gujet, ingeniero encargado del material, y director del convoy regio el día de la inauguración.

» Este ferro-carril tiene un homito porvenir, añade el mencionado periódico, porque abre una pronta salida á los pro-



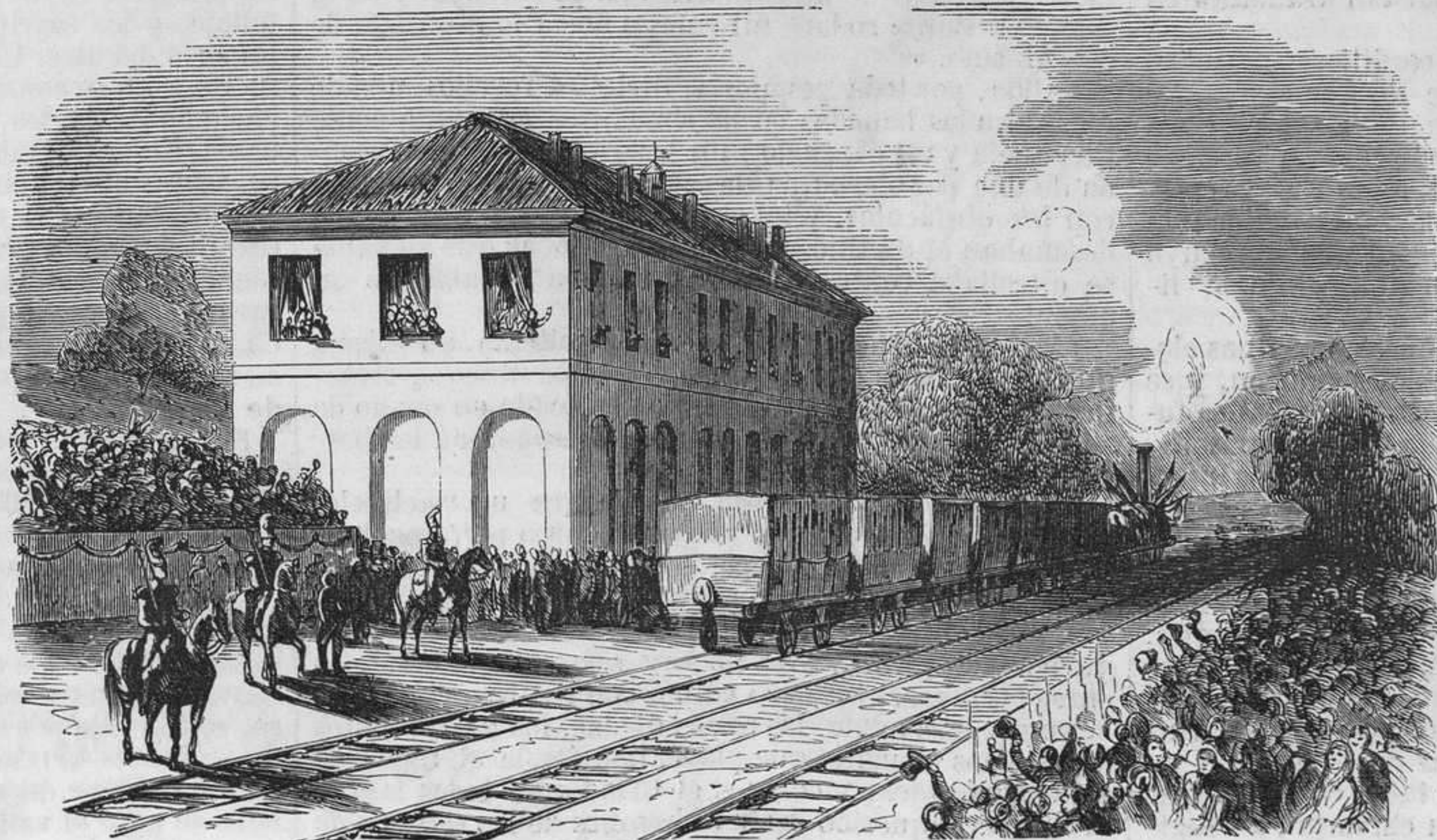
Bendición de las locomotivas.

ductos de las provincias de Alba, de Saluce y de Mondovi. La ciudad de Savigliano en particular logrará grandes ventajas, por estar situada en el tránsito de esta circulación.

» En breve se construirá una línea de 13 kilómetros y medio de Saluce á Savigliano. El proyecto de este ferro-carril patrocinado y acogido al punto con mucho fervor, fué abandonado despues, pero en el día se llevará adelante, porque así lo requiere el recíproco interés de ambas poblaciones.

» Se cree que la línea de Savigliano se prolongará este año hasta Fossano, y quizás hasta Centallo.

Así se abre en ese país que, gracias á sus instituciones libres, entra en el movimiento industrial que lleva trazas de transformar el mundo y de cambiar las relaciones sociales



Salida del convoy real de Savigliano.

de las naciones, el primer eslabon de una cadena que debe unir entre sí las diferentes partes de su rico territorio, y también el territorio mismo con los países vecinos, pues se trata de construir las líneas que corresponden ambas con el camino de Paris á Marsella, á cuyo beneficio el Piamonte entrará en rápida comunicación con la Francia y con Paris. Se dice que esos proyectos están aprobados ya por los respectivos gobiernos, y que no se harán esperar las concesiones. Hablando solo aquí del que debe partir de Tolon pasando por Niza para llegar á Génova, no se puede negar que tiene el doble mérito de ser al mismo tiempo una via comercial de mucha importancia, y en caso de necesidad, un camino estratégico, cuya utilidad todo el mundo reconoce.



## El grupo fósil.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

La historia de los monumentos es la de los Estados; la historia de un hombre es alguna vez la de un pueblo, y cuando los libros no cuentan las revoluciones que han trastornado los imperios, pedazos de columnas esparcidas por una y otra parte, enterrados bajo la movediza arena, revelan al arqueólogo las cosas y los sucesos que encubren las tinieblas de las edades.

Indudablemente el siglo XV es uno de los que han señalado mas su paso con el estrépito de grandes catástrofes, y la conquista de Méjico, es quizás el mas memorable acontecimiento de aquellos tiempos de audacia y crímenes, que nos han legado tantos nombres célebres y pueblos subyugados.

*Eldorado*, que no era todavía una ficción, arrastró una parte de la Europa á cruzar el Atlántico; pero los corazones de acero, para los que la muerte era una consecuencia inevitable de la vida, fueron á buscar otra cosa diferente que la juventud y la fortuna en el país de los incas y caciques, tan despoetizado en nuestros días...

Peligros y gloria ambicionaban los Alfonso de Alburquerque, los Alvarez Cabral, los Gama, Diaz de Solís; la necesidad sobre todo Francisco Pizarro, el intrépido aventurero á quien desvelaban los nombres de Cristóbal Colon y Américo Vespucio, y grande es la epopeya en que representó el papel principal, él, jefe de una banda indisciplinada de unos centenares de hombres, que iban á luchar contra numerosísimas y fanáticas gentes.

No quiero yo contar la historia casi fabulosa, de todos conocida, que devoró en pocos meses los hombres, edificios y tesoros acumulados que poseía la América; pero cuando un episodio interesante de aquella sangrienta lucha se ofrece espontáneamente á la pluma del escritor atento, su deber es recogerlo y ofrecerlo á la meditación de los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos; lo pasado es el profeta de lo venidero, y no hay nada inútil en el estudio de los días que pasaron, ó de las ciudades gastadas por el roce de los siglos.

¿Quién era Francisco Pizarro? ¿quiénes sus compañeros de armas? Todos lo saben... Los incas, vencidos con la espada, el bronce, los corceles y los perros, abandonaron sus riquezas y sus capitales.

Pocos meses después de la conquista del Perú, ejecutada en aquellos tiempos bárbaros con la crueldad que condenan los presentes, la antigua religion de aquellos buenos pueblos ecuatoriales pereció, y los tesoros de los templos fueron presa y botín codiciado del vencedor.

¿Pero qué se habian hecho las vírgenes que los curacas habian consagrado al sol? Los soldados de Pizarro lo hubieran podido decir entónces, y los que estudian la historia después, con el valor que es preciso para buscar, en provecho de las generaciones futuras, la triste verdad que envuelven los horrores inseparables de la guerra.

Entre estas, si se ha de dar crédito al manuscrito mutilado que tenemos á la vista, la mas hermosa era Kalida, á quien el inca mismo queria hacer su compañera. En medio del asalto del templo sagrado, que la ocultaba de las miradas profanas de los peruanos, cayó ella en poder de un jóven oficial castellano, caballero de honradas y dulces inclinaciones. Llamábase Juan Torrijos; Kalida se arrojó implorando misericordia, pero apenas levantó los ojos hácia su vencedor, dió las gracias, y se consoló... ¡Oh! fué uno de esos amores castos y piadosos que ennoblecen y tranquilizan; amáronse sin decirselo; el hermano respetaba á la hermana, pero la hermana conocía que podía haber en el corazón de la mujer otro sentimiento que esta santa amistad que ocupaba su vida, pero que no la llenaba.

Jamás me paro delante de este grupo fósil que los sabios estudian con indiferencia, sin que las lágrimas asomen á mis ojos; toda una época se me representa, época triste y sangrienta, en que el mundo se ensanchaba, en que las malas pasiones, juntas con las heroicas, corrian, en alas del viento, con los navegantes; y al tocar con el dedo estas dos elocuentes figuras, busco al niño pulverizado que ha dejado una señal tan dramática en el seno de su madre.

Aun veo en las faldas de estas cordilleras nevadas, que se extienden del Sur al Norte de América, estos desgraciados, perseguidos por orden de Pizarro, y del Inca, su prisionero. El primero queria coger á Torrijos, cuyo brazo é inteligencia habian sido tan útiles en la conquista, sin perjuicio de apoderarse de Kalida; el otro pedía con calor la jóven y hermosa peruana, cuyo recuerdo le era mas grato todavía que el de la libertad.

¡Ay! léanse, como yo lo he hecho, estas páginas elocuentes, dictadas por el dolor y la desesperacion, y se podrá juzgar de las angustias y tormentos de los dos fugitivos de Quito, después del incendio de esta capital.

Un país desconocido, llanuras desiertas, selvas impenetrables, montañas áridas levantando hasta al cielo sus orgullosas frentes; añádanse á estas calamidades, y á la riqueza fatal del suelo, torrentes soberbios, fieras que combatir ó evitar, reptiles venenosos que venian algunas veces á compartir el lecho de los dos amantes, y se comprenderá tal vez, porqué he seguido con tanto interés á mis dos héroes — cortados hoy en piedra — en quienes la sed y el hambre ha debido con frecuencia helar el valor sin entibiarse su cariño.

Quito está sobre el nivel del mar tanto como las mas altas cumbres de los Pirineos, y sin embargo, los fugitivos se dirigieron todavía á regiones mas aéreas. El

alma se purifica en las regiones celestes, y como los filones en que se extraía el oro se hallaban al rededor de estas colinas, parecia natural el creer que los soldados de Pizarro, ávidos de riquezas, no escalarían las cordilleras que ofrecían tantos peligros. Torrijos no habia pensado mas que en los hombres; pero los elementos tienen tambien su cólera, y contra ella iba á verse precisado á luchar.

Aunque bajo la línea, Quito tiene sus noches de nieve, su primavera é invierno. Torrijos y Kalida se apercibieron de ello muy pronto, y fácil es conocer las angustias que debieron sentir, cuando en medio de las tinieblas se vieron envueltos por la nieve, que en copos crecidos caía sobre sus cabezas, y cubría los precipicios que costeban.

¡Oh! esta parte de la narracion de los dos desgraciados está sellada con el mas doloroso terror; y si sus caracteres recuerdan el genio español, se ve tambien que una mujer la ha dictado... ¡Pobre Kalida! ¡tal vez sabia ya que llevaba en su seno una prenda de amor, mas fuerte que la cólera celeste!

Hélos allí, sosteniéndose mutuamente, y dispuestos á desaparecer á cada paso en los hondos precipicios que los rodeaban. La tormenta bulle á sus piés y sobre sus cabezas... el torbellino caprichoso burla todos sus esfuerzos, el valor solo servirá para prolongar su agonía.

— Parémonos aquí un poco, dice Kalida con voz débil; el último suspiro del hombre debe ser un pensamiento dirigido á Dios; el reposo únicamente nos permite llegar á él...

Sobre esa roca, prosiguió, lanzaremos nuestro último suspiro... ¡Qué nuestras almas, Torrijos, se confundan en un mismo adiós!

Sentáronse en una piedra, que el huracan habia limpiado de la nieve, y allí, solos, abrigados el uno con el otro, aguardaron su redencion, es decir, la muerte.

Todo estaba blanco en torno suyo: era como un sudario funeral que se perdía en el horizonte, como si quisiera envolver al mundo en la misma catástrofe... Escuchad, escuchad... un ruido sordo, lúgubre, fatal, resuena como una amenaza celeste, semejante á las olas irritadas del mar, como un concierto satánico.

¿Son las roncadas voces de los leones americanos, que giran á veces al rededor de las caravanas aventureras? No, porque no penetran en regiones tan glaciales. Las serpientes callan tambien al furor de los elementos conjurados. ¿Qué era, pues, aquel ruido que estremecía la roca, que guarecía á los desterrados del mundo, haciendo oír como los sonidos de un siniestro gemido?

Era la avalancha que preparaba su obra devastadora; era la frente de la montaña que iba á colmar el valle... ¡Héla allí! ¡héla allí! se levanta, grita, abre su seno, extiende sus brazos, sube, baja, se balancea, y parte....

La roca solo la resiste; todo lo demás es arrastrado, destruido en su marcha gigantesca, árboles seculares, nerviosas lianas, piedras bituminosas, pájaros perdidos en el espacio, buitres enormes, cadáveres de cuadrúpedos y reptiles, todo se confunde, se mezcla en la red destructora, todo es devorado por las rápidas aspiraciones del terrestre metéoro. El caos vuelve á empezar, y cuando la montaña se estremece en sus cimientos, Kalida y Torrijos aguardan el desenlace del drama con imperturbable tranquilidad.

Mas tarde sabremos quizás si esta avalancha se contentó con llenar de despojos la barranca á donde iba á espirar su rabia; oíríamos á los mas verídicos exploradores del país, sobre el que Dios ha derramado sus mas ricos dones, y mas desoladora pobreza...

Sigamos ahora á los amantes ante los hombres, los esposos ante la divinidad, y veamos si, después de tantas fatigas y peligros, descubrirán un lugarcillo indio, una familia nómada que les dé asilo, lumbre, algunas frutas y algun consuelo.

« ¡Qué fatal te es mi amor! decía Torrijos á su valerosa compañera, que llevaba los piés descalzos, destrozados por la aspereza del camino; ¿no es verdad que lo maldices, querida Kalida de mi alma?... Dí, ángel consolador, dí sin temor á quien no quiere la vida sin tí, que esperabas mas de tus fuerzas y tu ternura; dile que el arrepentimiento ha penetrado en tu corazón, y en el mismo instante rodará mi cuerpo hasta lo profundo de este abismo. »

Kalida, por toda respuesta, dirigió á Torrijos una de esas miradas bañadas en lágrimas, que son juntamente una queja y un consuelo: un beso ardiente fué la prenda de una paz eterna... De este modo crecía su energía con los obstáculos, y tal era su heroica resolución, que desafiaban el destino, queriéndole probar que su rabia se estrellaba contra la firmeza incontrastable de su amor!

¡Ah! el cielo les sonríe, el sol los calienta, un paisaje que les anima la esperanza, uno de esos frescos y risueños oasis que el Omnipotente ha colocado en medio de sitios escabrosos y áridos, capaces de espantar á las bestias feroces, los rodea.

En un vallecito delicioso, que surca un riachuelo, donde se reflejan plantas odorosas, cuyo perfume delicado consuela al viajero perdido en aquellas soledades; numerosos pájaros se regocijan saltando de rama en rama, haciendo resonar en el aire su alegre canto, sus quejas y suspiros... Allí no hay serpientes escondidas entre las flores, ni el fiero jaguar con sus barras negras, la pupila encendida, las uñas afiladas, los movimientos tan rápidos y sueltos que puede llamársele el reptil de los cuadrúpedos; y como si el Criador de todas las cosas hubiera querido decir al hombre de las selvas ó de las ciudades: ¡detente ahí!... las colinas escalonadas

que rodean este encantador *Eldorado* desafían á las cumbres mas elevadas á que lleven hasta su último asiento un solo resto de los estragos periódicos, con que parece que se deleitan las terribles y eternas avalanchas.

En presencia de un paraíso terrestre tan imprevisto, Torrijos y Kalida se postraron de rodillas, é hicieron subir hasta la frente de Jehovah las mas fervientes acciones de gracias.

— Gracias te doy, Dios mio, dijo Kalida; él solo puede poner á nuestros piés tantas riquezas, y tanta alegría en nuestro corazón.

— Démosle gracias por dos, respondió Torrijos.

— Por tres, añadió con viveza Kalida, con las pupilas bañadas en lágrimas.

— ¡Qué Dios le conceda dias felices!

— Roguémoselo, Torrijos; lo llamaremos Juan, puesto que este es tu nombre, que tienes una patria, ¡y yo no la tengo!

— ¿Es posible? preguntó el español á la peruana, cogiéndola el brazo con amor frenético; ¡oh! en tal caso, tú eres mi patria, mi cielo, mi Dios, que ha criado el tuyo, este hermoso sol, que fecunda tantas riquezas desplegadas ante nosotros... Ven, Kalida; esta será nuestra patria; aquí nuestra felicidad, aquí nacerá el primer vástago de Torrijos y Kalida.

Bajo un cielo siempre azul, en un suelo jóven y fértil, ¿qué le hace falta al hombre que posee una dulce compañera, que sigue sus pasos y participa de sus sentimientos?... Agua, algunas frutas, la salud, una mirada, este poder eterno que da aliento al mas tímido, esperanzas al condenado...

Torrijos, pues, era feliz en este alegre valle, cuya opulencia describe tan poéticamente; lo era doblemente, porque veía al despertar una sonrisa consoladora en los labios entreabiertos de Kalida, que iba á ser muy pronto madre.

— Así se forman las colonias, le decía la hermosa peruana con voz persuasiva; primero uno, después dos, tres; luego el acaso trae al desierto un viajero extraviado... Se le tiende la mano, se le recibe, se le guarda, y la familia necesita un campo mayor, una cabaña mas espaciosa, un petate mas ancho.

— ¿Te cansa la soledad? le preguntó tristemente el español.

— No, amigo mio, pero el porvenir debe ocuparnos un poco: vas á ser padre, Torrijos; tu hijo tendrá un alma como la tuya, yo daré la mía á mi hija, porque no es cierto que nuestros pensamientos estén en la cabeza.

— ¡Qué noble eres, ángel mio! Y bien, ¿sabes tú lo que me inspira tu discreta prevision?

— Habla, amigo, tu palabra es dulce, aun cuando regaña; apuesto á que vas á tener razon contra mí, que creo siempre tenerla.

— Escucha; aquí somos tan felices, léjos de curaccas y españoles, que la idea de explorar mas allá del circo de lava que nos rodea, no se ha presentado á mi imaginacion. Tal vez estemos cerca de alguno de esos pueblecillos que pintan tan felices las tradiciones de tu país; tal vez vivamos en medio de un mundo habitado...

¿Quieres que suba á las crestas que nos dominan, y tienda la vista por los valles que las separan? La inocente felicidad no es egoísta, y si hay cerca de aquí pueblos y hombres que los habitan, creo que seria humano decirles que nuestro país es rico, los frutos sabrosos, las aguas siempre frescas y cristalinas, y nuestro imperio bastante vasto para una parte de los necesitados. ¿Quieres, Kalida?

— Tu proposicion es un reproche, respondió la india, presentando una mano pequeña y húmeda á su esposo inquieto, pero la aceptó sin murmurar; únicamente, si tú partes, yo voy contigo; tus fatigas deben ser las mías, tus peligros serán los míos.

— ¿Y tu hijo? exclamó Torrijos alarmado: aquí tenemos flores siempre brillantes, césped verde, árboles robustos y protectores... No se necesita un sepulcro, y tú lo sabes, tu último suspiro será tambien el mio.

El circo estaba aun envuelto en el crepúsculo, pero las cimas de los montes tomaban un color púrpuro con los primeros rayos del sol, los pájaros saltaban entre el follaje, y las mariposas les disfrutaban alegremente el imperio del aire. Un hombre jóven y fuerte, una mujer fuerte y jóven como él, escalaban las cuestas de esta parte de los Andes americanos, tan poco estudiada todavía. No se hablaban, y sin embargo ambos estaban preocupados con siniestros pensamientos, como si fueran dos culpables que van á presentarse ante sus jueces. Si hubieran pronunciado una palabra, de fijo hubieran retrocedido; pero como el silencio podía inspirar una esperanza al otro, prosiguieron su penosa marcha á través de senderos naturales, abiertos por la lava en la montaña, y que indicaban en cierto modo la época de las erupciones.

Sin embargo, las fuerzas hacían traicion al esfuerzo de la jóven peruana, á quien su dulce carga paralizaba el paso: así, apenas habia llegado al primer descanso de una colina, deseó reposarse un poco: este momento fué el de la meditación y el de las tiernas quejas.

— ¡Ah! no debíamos haber abandonado el feliz asilo por una esperanza que puede ser una desgracia, pensaba Torrijos; los amigos verdaderos son raros en la tierra, y aunque el corazón sea ciudadano del universo, solo se fija por egoísmo é interés.

— ¿No es verdad, decía Kalida con el codo apoyado en las rodillas de su noble compañero, que está muy léjos de aquí el valle á que nos dirigimos?

— Bastante, respondió Torrijos, comprendiendo el



sentido de la pregunta, para que casi renuncie á mi proyecto.

— Tú no irás mas allá, Juan, ó bien harémos el viaje juntos; dejarte por una hora es superior á mis fuerzas, y comprendo que carezco de ellas lejos de tí... El odio del hombre concluye, solo nuestro amor es eterno aquí abajo. Sí, Juan mio, velarémos por nuestro querido hijo, y el día que digamos adios á la vida, señalarémos con el dedo á nuestros hijos el camino que hemos seguido para venir de Quito hasta aquí. El hijo plantará una cruz en nuestro único sepulcro, y mostrándosela á españoles y curaccas, les contará nuestro infortunio con una elocuencia filial tan persuasiva, que le perdonarán su nacimiento y sus lágrimas.

— ¡Qué triste porvenir te he abierto, amiga mia! exclamó Torrijos golpeándose la frente con violencia; perdona mi amor, que solo ha consultado su interés en esta resolución. Tú me has enseñado, Kalida, que la vida de aquel que ama, se encierra entera en la mujer amada. Un pensamiento tuyo vale mas que todos los que encierra mi cabeza y mi corazón, y si algun día...

— ¡Calla, calla! dijo la peruana, medio levantándose; ¿no has oído un suspiro, un quejido?

— Lo creo, lo temo...

— ¡Tú ves, pues, que todo ser viviente es nuestro enemigo, puesto que lo tememos!

— Yo no temo sino por tí.

— ¿Somos dos desde que nos conocemos? dijo Kalida, sintiéndose madre y esposa á la vez. Un peligro nos amenaza, lo veo; vamos hácia él, Torrijos; afrontémoslo unidos el uno con el otro. Ven, ven...

Una Peña enorme, en cuyas hendiduras se veían vigorosas lianas, semejantes á serpientes dormidas, separaba á nuestros amantes del punto de donde creían que había partido el ruido: con el puñal en la mano, avanzan con precaucion, pasos mesurados, ojo inquieto y mirada atenta.

¡Era un jaguar acurrucado junto á su hembra muerta!

Kalida cayó de rodillas y palideció. Iba á ser madre: la sorpresa, el espanto apresuraban el momento de librar; pero valerosa consigo, temblando por su hijo, resistía al dolor, y no exhalaba un quejido; mientras que Torrijos, sin atreverse á preguntarle, la sostenía con el brazo izquierdo, siguiendo con mirada amenazadora la mirada suplicante del jaguar, tendido sobre el cadáver de su compañera.

Si el tigre real tiene su ternura, el jaguar de América la tiene también, y el cuadrúpedo, muerto casi de hambre, no había querido ir á buscar lejos víveres, que no podía partir con la compañera de sus devastaciones. ¡El aguardaba la muerte, y delante de él, á pocos pasos, un niño recibía la vida!

¿Qué hacer?

El sol había recorrido la mitad de su carrera; Kalida, casi sin fuerza, apenas se sostenía, y el jaguar, cuyo fatal instinto podía despertarse pronto ó tarde, no permitía la indecision en el ánimo del español.

— No te muevas, dijo á la peruana; uno de los cuatro sobra; déjame matar al tigre, y despues, yo tengo bastante fuerza para llevarte á tí y á tu hijo hasta nuestra cabaña; no te muevas.

Y marchaba con la daga en una mano, y la pistola en la otra.

— Parece que pide misericordia, dijo Kalida con voz apenas inteligible; no lo mates, sufre; y además, si tú sucumbes, la madre y el hijo morirán sin sepultura.

Torrijos aspiraba ya el aliento fétido del jaguar; apenas estaba á cuatro pasos de él, apunta, y va á hacer partir el tiro. La bestia feroz se echa y aguarda. El español ha visto la herida de bala que ha causado la muerte á la hembra del jaguar; aparta la puntería; los compañeros de Pizarro no pueden estar lejos; el silencio, pues, y el aislamiento pueden solo salvar á Kalida y á Torrijos, permitiéndoles retroceder.

— Valor, amiga, valor, le dijo: el jaguar no es nuestro mas temible enemigo; valor, noble hija de los Incas, ó caemos bajo los golpes de nuestros opresores.

Era preciso alejarse de aquel campo de batalla, que iba tal vez á convertirse en campo mortal. Torrijos cogió en brazos á la peruana, y siguió lentamente el sendero que habían atravesado por la mañana; pero la energía del hombre tiene límites. El infeliz se vió obligado á defenderse no lejos del jaguar abandonado: hizo con la capa una cama, donde colocó á Kalida y su hijo, y aguardó que la noche estrellada del trópico pasara, para volver al risueño valle.

La fatiga lo adormeció: su compañera dormía á su lado. Al despertarse, eran cuatro bajo la roca protectora. Parecido á un dogo domesticado, el jaguar agradecido había seguido al español, y había venido á tenderse junto á él.

— Ya lo ves, dijo Kalida sin turbarse al abrir los ojos, la generosidad da amigos; este tigre no tiene dientes ni uñas contra nosotros, tiene un corazón. Levantémonos, y si nos acompaña, bien venido sea.

Los dos pobres desterrados se pusieron en marcha, y el jaguar los siguió como un perro dócil. Apenas habían dado la vuelta á la Peña que les sirvió de abrigo, cuando el fogoso cuadrúpedo brincó y rugió á la vez. Araña la tierra, agita la cola, ruge, y pasea su lengua áspera y encarnada al rededor de los labios febrilmente contráidos: sus ojos, ántes apagados y frios, lanzan vivas centellas, y parece que buscan un enemigo á quien devorar. Torrijos se puso en ademán de matarlo.

— Detente de nuevo, le dijo Kalida; el jaguar no está rabioso contra nosotros; su rabia nos protege; mira, mira, nos persiguen.

Un ruido sordo y prolongado, semejante á la voz de lejana catarata, llegó hasta los fugitivos. Torrijos, sin volver á pensar en la rabia del jaguar, se dirigió á un montecillo, desde el cual podía examinar el terreno.

— ¡Allí están, gritó, allí están! son los españoles, nuestros enemigos; se dispersan, nos han visto; han visto al tigre, y lo dejarán por nosotros... Ven, Kalida, no les demos el placer de matarnos; los conozco, la tortura precede la muerte.

— A los ojos de tu Dios y á los del mio, el suicidio es un crimen, dijo la peruana con voz sumisa; la tortura es el martirio, y el martirio da el cielo.

— ¡Bueno! sea, dijo Torrijos precipitando la marcha de su desgraciada compañera. Busquemos un asilo en el que nuestros enemigos no puedan alcanzarnos; subamos á la cima mas escarpada que nos domina; quizás nuestras divinidades reunidas nos librarán del peligro que nos amenaza.

Kalida siguió á Torrijos, y como si Dios los hubiera oído, descubrieron cerca de ellos, sobre su cabeza, la abertura de una gruta, donde, segun las apariencias, no vendrían á buscarlos.

¡Ah! ¡quién puede sondear los decretos del Eterno!

El jaguar, por su parte, no abandonaba su puesto, y seguía con su pupila amarilla los movimientos de los españoles, próximos ya al cuadrúpedo herido por ellos. Una bala silva, y se aplasta en la roca, que sirve de muro á la mansion de Torrijos y Kalida. Toda resistencia es imposible: levantan los ojos al cielo, y se deslizan encorvándose dentro de la gruta misteriosa.

Nuevos tiros de fusil se oyen; el enemigo no está lejos; el jaguar lo espera.

Mientras que los ginetes buscan fácil paso para sus caballos, no acostumbrados á tan difíciles ascensiones, algunos ágiles peones trepan por las agudas peñas de la montaña, y llegan cerca de la bestia feroz. Lo que el tigre no hubiera hecho por él, lo hace por los que lo han protegido. Sin atender al peligro, sin contar el número de los enemigos, se lanza sobre el mas temerario de los españoles, y rueda con él sobre el césped mezclado de abrojos. Ya hay un adversario ménos; una presión de la quijada le ha quebrantado el cráneo, y como el olor de la sangre estimula al cuadrúpedo, parte otra vez, y se encuentra en presencia de dos combatientes unidos para luchar; una bala silva; la espaldilla del jaguar la recibe; el cazador es derribado igualmente, y cuando el cuarto enemigo se presenta, el tercero no puede ya serle útil, porque su cuerpo no tiene movimiento, y la sangre corre por veinte heridas. La fiera no aparta la vista de un peruano que había hasta entónces guiado la marcha de los vencedores; el animal se dispone á saltar de nuevo, pero otra bala le entra por el pescuezo, y lo derriba en tierra; se agita, ruge, hace un esfuerzo para volver á vengarse, sus músculos se dilatan, anda hácia atrás, y va, no por instinto, sino por gratitud, á ponerse de centinela ante la gruta de Torrijos y de Kalida, ¡y allí espira!

Los españoles lo han seguido. Sus enemigos no tienen escape, las pisadas de los fugitivos han quedado señaladas en la tierra húmeda; allí están, y si su energía los tiene allí cautivos, quizás pasarán siglos sin que se encuentren sus huesos emblanquecidos.

— Os hemos seguido, gritó un soldado con voz estentórea; Pizarro os perdonará: venid, ó no volveréis á ver la luz.

El silencio respondió á la amenaza repetida del soldado, y pronto, como la noche avanzase, como el sol bañaba solo la cima de las montañas con sus pálidos rayos, como los ginetes no podían llegar hasta allí, una vez satisfecha su venganza, los españoles, dóciles á las órdenes de sus gefes, hicieron rodar algunas peñas, y las colocaron, obstruyéndola, delante de la boca de la cueva.

— Esta es vuestra tumba, dijo una voz solemne.

— Aceptamos nuestra tumba, respondió una voz lúgubre.

Y el silencio se extendió por la montaña, y no se oyó ni el paso de los caballos, ni el rugido lastimero del tigre, ni el último suspiro de los cautivos.

Hoy, cuando el hombre estudioso visita estas comarcas desiertas, ve con estupor profundo, en la falda del Capaio, rocas sólidas representando, como el pincel del estatuario, cabezas, brazos, torsos, los unos junto á los otros; además formas humanas esparcidas por el suelo, semejantes á las esfinges solitarias, que la ciencia descubre en la arena, cerca de las ruinas de Ménfis en la tumba.

Y ahora, armaos de valor, si queréis ver sin emocion aquí, cerca de vosotros, en el curioso gabinete de historia natural del Museo el grupo tan dramático que os señalo con el dedo.

Un hombre, una mujer, amarillos como pergamino viejo, desplomados sobre sí mismos, aquel con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos; esta con la rica y negra cabellera que arrastra por el suelo, extendiendo los brazos para proteger un niño, cuyas tiermas carnes no han podido resistir al roce del tiempo, pero que ha dejado impresa su señal, en el costado consumido de su desgraciada madre.

¡Cuánto dolor en estas dos figuras sin movimiento! El hambre, la sed, el tormento de un impotente alivio del objeto amado; la desesperacion comprimida, el heroísmo del sacrificio, la mas santa ternura maternal, el mas celestial martirio.... Los dientes son hermosos, brillantes... había juventud; los músculos se marcan perfectamente.... había en ellos fuerza y una naturaleza privilegiada.

Poned el dedo en esta hija de los Incas; tocad con la mano el ancho pecho español; allí debajo han latido, hace siglos, corazones enérgicos, que solo pudo helar la nieve amontonada del Capaio.

¡Paz á Torrijos! ¡paz á Kalida!

F. B.

#### Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres.

Hemos sentido siempre ver un ramo de la historia universal demasiado descuidado por los Tucídides, Tito Livio, Tácito, Plutarco, Rollin, Creviér, Lobeau, Mezerai, etc. Este ramo es de la predilección de ciertos grandes hombres por tal ó cual manjar, con frecuencia mas que vulgares, que forma singular contraste con el elevado carácter y las grandes acciones de aquellos hombres célebres. Para llenar en parte este vacío, es por lo que hemos reunido y clasificado los gustos gastronómicos de estos grandes hombres, que sin embargo, no son todos grandes; pero que tienen mas ó ménos derecho á la celebridad. Nuestra lista no será muy larga, aunque empieza por el Imperio Romano: no hemos hecho, por decirlo así, mas que tocar el asunto, porque ha sido menester proporcionar el mareo al puesto que tenía destinado en nuestra galería. Pasemos al amigo de Cinna, mas hábil político que goloso gastrónomo.

Augusto, que falleció el año 14 de Jesucristo, gustaba con preferencia del pan moreno, los peces pequeños, el queso de leche de vacas y los higos frescos. No bebía en cada comida mas que tres veces, por donde se ve lo sencillo y lo sobrio que era en sus gustos.

Apicio (*Calvus*), célebre gastrónomo romano, cuyo nombre ha pasado en proverbio, y que ha escrito sobre la buena mesa (*de arte coquinaria*), era muy aficionado á los cangrejos, sobre todo á los de Minturno, que pasaban por los mejores. Habiendo oído decir que los había mas grandes y mas delicados hácia las costas de Africa, fletó inmediatamente un barco, y marchó para asegurarse de la verdad del hecho. Llegado al término de su viaje, encontró á unos pescadores, y les pidió cangrejos, sobre todo los mas hermosos de aquellos parajes; pero viendo que en nada se diferenciaban de los de Minturno, ordenó al piloto virar de proa, y vuelve á Minturno, donde continuaba regalándose con los cangrejos de la Compañía.

Apicio era muy rico: despues de haber disipado, tanto en su mesa como en otros gastos, cerca de 400 millones de sestercios (muy próximamente 20,369,166 pesetas de nuestra moneda), arregló sus cuentas, y habiendo pagado sus deudas, como no le quedaban mas que diez millones de sestercios, se envenenó temeroso de morir de hambre.

El emperador Claudio, muerto el año 54 de Jesucristo, tenía gran predilección por las setas. Sabido es que, gracias á la ternura conyugal de su querida Agripina, y al celo de su médico Xenofonte, este gusto le puso en ménos de dos horas en la categoría de los dioses.

Cárlo Magno, primer emperador de Occidente, aunque muy frugal, gustaba mucho de la caza. Ordinariamente, dice Eginhant, no se veían mas que cuatro platos en su mesa, sin comprender una pieza de caza que los monteros le presentaban asada, porque sabían que este manjar era su favorito.

Adriano VI, electo papa en 9 de enero de 1522, y muerto en 14 de setiembre de 1523, era odiado de los romanos porque gustaba de la merluza, segun dice Pablo Jove; pero lo era mucho mas por la severidad que empleó para reformar las costumbres.

Lutero, gefe de la reforma, muerto en 1546, era gran bebedor, y prefería á todo la cerveza de Torgan y el vino del Rhin.

Melanchton, primer discípulo de Lutero, y que falleció en 1560, gustaba de la sopa de cebada, los gubios y otros pequeños pescados, como igualmente las legumbres mezcladas con pequeños trozos de carne.

El Tasso, admirable poeta italiano, muerto en 1595, tenía una predilección marcada por los manjares azucarados cocidos en el horno, por los mazapanes y las frutas en dulce. Gustaba tanto del azucar que hasta la mezclaba con la ensalada.

Enrique IV, rey de Francia, muerto en 1610, era muy apasionado á los melones y las ostras, de las que comía inmoderadamente. Parece que el vino de Arbois, del que hacia gran consumo, le libró de las indigestiones á las cuales le esponían tales alimentos.

Hocquircourt (el mariscal de), muerto en 1658, tenía una afición particular á las patas de carnero, en las cuales, dicen las memorias de aquel tiempo, reconocía la propiedad de influir en la alegría de los convidados: razon por la que mantuvo toda su vida un cocinero que había hallado el medio de preparar en cajas patas de carnero, que el mariscal llevaba al ejército para infundir alegría en sus oficiales.

Crebillon, hijo, literato francés, muerto en 1777, era un insaciable comedor de ostras.

Voltaire, muerto en 1778, no se hizo notable por ninguna afición particular á comestibles; pero el café era su bebida favorita, del que tomaba con exceso. Lo mismo sucedía con M. de Buffon y el marqués de Contades: este hacia mas todavía, porque rehusaba la entrada en su comedor á todo el que no tomaba dos tazas de café.

Lessing, célebre escritor alemán, muerto en 1781, gustaba sobre todos los manjares de las lentejas: hubiera sido por ellas capaz de cometer la simpleza de Esaú.



# LA PARTENZA

CANCION ITALIANA.

*Piano.* *Moderato.*

*P* *cres.* *Largo.*

*Canto.* Ve-di l'au - ro - ra

sor - ge - re E l'o - ra del - - - l'ad - di o A tan - to duol re - - sis - te - re Co - me po -

trà - il cor mi - - - o Per sem - prea me ra - - - pi - - ta

*animé.* *Sempre largo.*

Dun-que sa - ra - i mia vi - - - ta Lun - gi - da - te - bel - l'an - ge - lo Vi - vrò nel

*Dolce. pp*

*pp*



pian - - to O - gno - - ra Lun - gi da - te bel' - l'an - ge - lo Vi - vrò nel pian - to nel pian - - - - to o -

gnor.

*Sempre largo*

*p*

*rallent.*

2° COUPLET.

Non o - bliar - miè in - pro - - vi - do Il cor che pre - - sto o - bli - a Ei die - tro va - ni -

*anim.*

gau - - - di a - - - ne lo in - va si svi - - - a Ca - dou que' so - gni stol - ti Qual

*con forza*

neb - bia al ven - to sciol - ti E so - lo eter - na serba - si La fiam - ma del' - - - - l'a - mo - re E

so - - lo e ter - - na ser - ba si La fiam - ma del l'a - - - - - mor.

3° COUPLET.

Ram - men - ta il di che strin - ger - ti La pri - ma vol - - - ta al se - no Mi fu con - ces - so e ar -

*anim.*

ri - se - mi Il guar - do tuo se - - re - - no sem - pre a me fian pre - - - sen - ti Que'

*con forza*

te - ne - ri mo - - men - ti Le pu - re gio - je i fervi - di Ba - ci del pri - - - mo a - - mo - re Le

pu - re gio - - je i fer - vi - di Le pu - re gio - je del a - - - - - mor.

4° COUPLET.

E se ne so - gni d'an - ge - lo Che il ce - lo ti con - sen - te Vo - - rai pie - to sa ac -

*con forza*

co glie - - re L'im - - - ma - gin mi a do - - len - - - te Dal - - le di - - - vi - - - se sal - me Di -

*sempre largo.*

sciol - te al - lor no - - str'al - me In un su - pre - mo gau - dio Fia - no con - giun - - - te an - - co - ra In

un su - - pre - - mo gran - - dio Fia - no con - giun - - te con - giun - - te an - cor.

Procédés d'E. DUVERGER.



## Revista agrícola.

Los mártires y los viénes hay un curso al aire libre en el jardín del Luxemburgo, en París, al que concurren personas de ambos sexos y de muy distintas condiciones. El profesor trata teórica y prácticamente de la poda de los árboles frutales, encerrado, si podemos hablar así, en un santuario formado por una cuerda atada á cuatro estacas clavadas en el suelo. Desde muy temprano, la gente está sitiando la verja del jardín, porque aquellos que no quieren perder una palabra de las explicaciones agrícolas, deben apresurarse á llegar los primeros á la cuerda.

Esta precipitación de los aficionados ha causado ya varias desgracias, entre ellas las de un individuo que en el mes de marzo de 1849 quiso correr tanto para ponerse delante, que se cayó y se dió un golpe que le causó la muerte, cosa que hizo decir á un profesor del Colegio de Francia: « Nunca suceden tales desgracias en mi curso. » Sin embargo, en el día se han dulcificado algun tanto las costumbres en el plantel del Luxemburgo, y no porque no exista ya el mismo fervor de ántes, pues sucede todo lo contrario, pero es un fervor mas culto y mas político; hoy al ménos se tienen deferencias á las señoras que en otros tiempos no se conocían, y no solo se les permite que pasen á la primera fila, aunque lleguen tarde, sino que se consiente el que las lleven sillas para que asistan al curso descansadas.

Este auditorio al aire libre presenta en verdad un curioso espectáculo. Figúrese el lector, en medio de una bruma matutina de febrero ó marzo, bruma que se convierte frecuentemente en una lluvia menuda y fría, una docena de señoras sentadas sin ninguna aprensión en unas sillas de paja empapadas de humedad, apretando sus piés sobre la triste ceniza que se enfria por momentos, estrechando su pecho y hombros bajo la capa que las cubre todo el cuerpo, y bajo la doble armadura del manguito y del boa. Diríase que son otras tantas estatuas noruegas del silencio y de la atención; parece que su vida toda se ha refugiado en sus ojos y oídos. Detrás de las señoras se ve una crecida masa de hombres, con las manos en los bolsillos y el rostro cubierto con la bufanda, en una inmovilidad interrumpida solo por una pierna que se alza discretamente y sin ruido del suelo mojado, ó endurecido por la escarcha, para luchar contra el horror del frío.

Entre esos hombres intrépidos, podríamos citar muchos magistrados, muchos médicos de nombradía, y muchos ricos propietarios de la capital de Francia. Mas de un provinciano pasa dos meses en París en una fonda por tener el gusto de asistir al curso del jardín del Luxemburgo. Esas heroicas mujeres pertenecen á buenas familias, y tienen hermosas posesiones en París ó en el campo donde dirigen con la mayor afición el cultivo de magníficos jardines.

¿Qué debemos sacar en conclusion de todo esto? 1º Que se siente vivamente la necesidad de aprender la arboricultura; que los dueños de buenas fincas rústicas se cansan ya de la inveterada é ignorante rutina de los que se llaman jardineros, y que trabajan con razon por ponerse en estado de introducir en este ramo útiles reformas; 2º que en otro tiempo M. Hery, director del antiguo plantel del Luxemburgo, tuvo la buena inspiracion de dar lecciones públicas al aire libre, con la podadera en la mano; y 3º que M. Decazes hizo muy bien cuando hace unos diez y ocho años suplicó al director actual, M. Hardy, sobrino de Hery, á que continuara el curso interrumpido.

M. Hardy ha tenido la honra de servir en la antigua guardia imperial, y corriendo de clima en clima, de Amsterdam á Milán y á Nápoles, de Bolonia á Viena y á Berlin, de Madrid á Moscou, ha podido observar y estudiar mucho el arte de la jardinería que, desde sus primeros años le inspiró una afición decidida. La guerra le suministró la ocasion de dar una vuelta por Europa.

Los ebanistas, carpinteros, etc., acostumbran en Francia á dar un paseo por toda la nacion cuando son mozos, á fin de estudiar los adelantos de sus diversos oficios; el jardinero apenas visita su provincia. Por eso M. Hardy es una grande autoridad en la materia, pues ha visto cuando era soldado el cultivo en muchos países, y últimamente ha estado con el mismo motivo en Inglaterra. Esto explica tambien porqué M. Hardy tiene tanta fama.

En el año en que estamos, este señor acaba de adquirir un título mas á los ojos de los aficionados, pues ha tenido la feliz idea de resumir en una obra todas sus lecciones sobre « la poda de árboles frutales, » obra que se esperaba hacia tiempo, y con mucha impaciencia. Ahora el discípulo que haya perdido algunas de sus explicaciones en el curso, llenará el vacío sacando del estante el libro de M. Hardy, donde cada cosa está en su lugar con los grabados necesarios para ilustrar el texto.

Leyendo ese tratado verdaderamente clásico que se comprende lo mismo que un libro elemental, y viendo las doce hermosas láminas que lleva donde las operaciones con todos sus pormenores se hallan claramente indicadas, se diría que la poda de un árbol frutal es la cosa mas sencilla que existe, pero que venga la hora de practicar esos principios con la podadera en la mano, y se verá que es necesario poseer cierta dosis de sagacidad y de inteligencia, porque la arboricultura es mas que un oficio, es un arte.

La obra de M. Hardy, á pesar de ser una de las mejores que se han publicado sobre el asunto, no producirá sin embargo muchos hombres como él; pero sí nos pondrá á todos en estado de conocer si nuestros jardineros cuidan como es debido nuestros jardines.

Pasemos ahora á los huertos de Inglaterra, donde no faltan descubrimientos para neutralizar los efectos de ese triste clima, y la prueba es que acaba de inventar el cubrir de cristales los verjales. Detengámonos en la descripción del invento: « El antiguo método consiste el abrigar entre vidrieras las espaldas fijadas á una pared. Aquí no hay pared propiamente dicha; es una verdadera galería de cristal, larga y estrecha, parecida, si se quiere, á una pared hueca (« glass-wall, » como dicen los ingleses) en cuyo interior se hallan los árboles, que reciben la luz por todas partes, ventaja muy preciosa en un país poco fa-

vorecido por el sol, y además no sienten nunca las perniciosas alternativas de calor y frío, tan comunes en la primavera y tan funestas para el desarrollo de la flor y del fruto. Se cita como modelo en este género un verjel perteneciente á un rico propietario de Bordogan-Hall, en la isla de Anglesey, entre los 53' y 54' grados de latitud. Los árboles frutales vegetan allí de un modo sorprendente; sus hojas toman dimensiones dobles de las que tienen por lo regular, los troncos crecen muy bien, y todo anuncia que este plantel, reciente aun, dará cosechas de frutas proporcionadas al vigor de su vegetacion. » Para llevar á cabo tales empresas, hay que vivir en un país donde el cristal y el hierro están baratos.

Caminando adelante en nuestra exploracion y atravesando el Atlántico, nos encontramos con otro ejemplo análogo en los Estados Unidos. Este último procedimiento tiene la ventaja de que no exige crecidos gastos de establecimiento.

Con un metro de intervalo, se plantan perales y manzanos de fuerza regular, criados para formar pirámides; se podan muy corto, y se quitan todas las raíces á algunos centímetros de distancia. El año siguiente se separa la corteza de tierra al rededor del pié del árbol, y se cortan las raíces que se han formado, y todos los años se repite lo mismo. De este modo se suprime mucha leña, y por consiguiente el árbol ocupa poco trecho. Como todas las raíces se reducen á un cuerpo de hilos adheridos á troncos muy cortos, hay que dar artificialmente á los árboles el alimento que en su estado normal tomarían á lo lejos en el suelo por medio de sus largas raíces. Por este motivo deben regarse todos los días por la mañana y por la tarde con un líquido fértil como el caldo de estiércol que se echa á los arbustos y plantas de los invernáculos.

Cuidados así los árboles, dan fruto al momento, pero en cambio no tienen una larga vida. Sin embargo, en su corta existencia, si es cierto que exigen muchos cuidados, tambien producen cosechas no interrumpidas de excelentes frutas. Hay jardincitos de 36 piés en Nueva York, Boston y Filadelfia, donde se cultivan, como hemos dicho, cien perales de clases distintas que, á pesar de su pequeñez, dan por término medio veinte frutos por año cada uno, de modo que, á poca costa, se sacan dos mil peras por año de cien clases diferentes.

Esta es una buena aplicacion del procedimiento que emplean los jardineros chinos para lograr esos árboles enanos que tanto sorprenden á los viajeros europeos, como verbigracia, las encinas que cuentan un siglo de existencia, y tienen solo tres metros de altura, presentando el aspecto de una encina normal vista en escorces con un anteojo vuelto. Los detalles sobre este método que ha dado un sabio inglés, M. Livingston, son tan instructivos para todo jardinero, que creemos que no estará de mas el transcribir aquí algunos de ellos, tomando los del tomo IV de las « transacciones de la sociedad de horticultura inglesa: »

« Los chinos principian por obtener raíces de una ramita tierna, lo que logran por medio del acodaje en una vasija abierta por un lado y suspendida, vasija que, llena de tierra, encierra la ramita que tiene una incision anular para impedir que en ese punto baje la savia. Cuando la rama ha echado bastantes raíces, y durante un buen espacio de tiempo, se la separa del árbol y se planta en un tiesto poco hondo, de una forma cuadrada oblonga, que se llena de fragmentos de una tierra de aluvion, que en las cercanías de Canton se encuentra en pedazos grandes como habas, lo que basta para suministrar el poco alimento necesario. Además del mucho cuidado que hay que tener para poner en relacion la cantidad y calidad de la tierra y la cantidad de agua, se recurre tambien á una infinidad de aparatos mecánicos para dar luz ó sombra á la planta, segun se juzgue conveniente.

« El tiesto que contiene la planta es tan estrecho, que las raíces no pueden tomar su debido incremento; de modo que, solo desarrollándose hacia el borde ó por encima, pueden conducir el alimento indispensable, y es fácil conservarlas así, quemándolas, cortándolas, etc., de modo que se detenga continuamente el crecimiento, á cada formacion de hojas que se suceden. Estas hojas cada vez se van haciendo mas raquíticas, y los botones y las raíces disminuyen en la misma proporcion, hasta que se obtiene entre las raíces y las hojas ese justo equilibrio que se exige en un enano. En algunas especies de árboles se logran en dos ó tres años, pero hay otros que piden veinte »

El concurso de ganado de Poissy ha sido este año tan satisfactorio como los anteriores. Los ganaderos franceses comprenden muy bien la importancia que tiene la buena cria de ganados, tanto por la influencia que puede ejercer en la futura prosperidad del país, como por el beneficio inmediato que reporta. Con el señor marqués de Torcy, y el señor vizconde de Behague, hemos visto este año al señor marqués de Expenilles, que en sus vastos dominios de Varigny ocupa sus ratos desocupados en cebar bueyes segun el nuevo modelo, lo que le ha valido algunos premios.

La profesion de fabricante de cerdos tiende igualmente á pasar á manos aristocráticas, que probablemente serán mas inteligentes que las de los antiguos ganaderos. El vizconde de Ponsardiere, despues de haber salido de la escuela de Alfort, se ocupó en la venta de puercos en los terribles años de la primera revolucion, y consagró despues todos los bienes que le devolvieron á la especulacion de la cria de cerdos. El señor vizconde de Curzay, propietario de la Vendée, parece quiere seguir hoy las mismas huellas. Su granja de su castillo de Curzay encierra cerdos de todas castas que, alimentados con nabos y salvado cocidos y fermentados durante veinte y cuatro horas, y á razon de 40 litros diarios por cabeza, con mas un litro de bellotas para las madres, son sin disputa lo mejor que en este género hay en Francia.

## La batalla de Lepanto.

El año de 1570 tocaba á su fin. El nombre español resonaba aun victorioso y temido por todo el ámbito de la tierra, y la monarquía de España habia llegado á ser

la potencia mas floreciente y poderosa de Europa. Abatido el pabellon mahometano, expulsados sus secuaces de la Península despues de una lucha tan prolongada como sangrienta, los españoles, no teniendo enemigos que combatir en su propio país, habian atravesado los mares, y animados de aquel espíritu conquistador que no encontraba espacio suficiente para contener sus glorias, habian roto los límites del mundo conocido, descubriendo un nuevo continente. El leon castellano habia alcanzado su presa, y sus deseos estaban cumplidos, su ambicion satisfecha. Con el descubrimiento de las Américas, la Península Ibérica habia ensanchado de tal manera sus dominios, que el sol alumbraba constantemente su territorio; la gloria de sus armas se habia elevado á una altura á que jamás pudo llegar nacion alguna. La corona de sus victorias se hallaba concluida, y ambos mundos habian contribuido con sus tesoros á adornarla. Diamantes de inmenso valor se ostentaban en ella con profusion; pero aun quedaba un pequeño vacío, y era forzoso que la piedra que lo ocupase no desmereciese de las demás en magnificencia. Pueblos y ciudades, provincias y naciones, príncipes y reyes, en su calidad de vencidos, habian rendido homenaje á aquella corona; habian labrado parte de sus laureles. Por eso todos la respetaban, todos la contemplaban con admiracion. Tambien los monarcas españoles habian temido empañar su brillo, y no osaron colocarla sobre sus sienas. La época, sin embargo, en que debían ceñirse esta corona estaba señalada: era el año de 1571. Felipe II debia adornar con ella su frente, y el día en que habia de verificarse tan solemne acto era el 7 de octubre. Pocos meses faltaban ya para el vencimiento del plazo, y se hacia indispensable completar el adorno. Difícil parecia la adquisicion de tan preciosa joya; todos los españoles estaban igualmente interesados en ello; pero se habia recorrido mucho en su busca sin resultado, y ya desconfiaban de hallarla, cuando en la ciudad eterna resonó un grito, que, repitiéndose por toda Europa, dejó oírse con distincion en la Península Ibérica el nombre de Lepanto.

Pío V, cuyas grandes virtudes lo elevaron á la alta dignidad que ocupaba, habia indicado desde la silla de San Pedro el sitio en que podia encontrar aquel diamante, destinado á ser el complemento de la corona. Movido por su ardiente celo en defensa de la Iglesia, pidió auxilio contra los turcos, que tenian invadida la isla de Chipre, perteneciente á los venecianos. Diseminados mas por la política que por la religion la mayor parte de los soberanos de Europa, fueron pocos los que respondieron al llamamiento del Sumo Pontífice; pero Felipe II, eminentemente católico, no vaciló en acudir á la invitacion de Su Santidad, y España, esta nacion en aquella época tan poderosa, cuyos hijos tenian dadas tantas y tan repetidas pruebas de grandeza y valor contra los moriscos, se unió con el Papa para abatir la formidable potencia otomana. Arregladas las condiciones de la liga, fué tal la celeridad con que se hicieron los preparativos, que el 16 de setiembre del referido año se hallaba en Mesina una flota de mas de doscientos cincuenta bajeles de guerra y cincuenta mil hombres, al mando de D. Juan de Austria, que fué nombrado generalísimo de la armada, llevando á sus órdenes al comendador mayor de Castilla, á los capitanes D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, al príncipe D. Juan Andrés Doria, y á los generales de las galeras italianas y venecianas, Marco Antonio Coloma y Venerio.

No se descuidó el gran turco al ver el peligro que le amenazaba; con la mayor actividad equipó una flota de 280 galeras y un gran número de buques menores, y encargó al bajá Halí del mando de estas fuerzas, que haciéndose inmediatamente á la vela llegaron á la costa occidental de Grecia, al tiempo que las de los cristianos salian de Sicilia.

D. Juan de Austria, habiendo pasado revista á su escuadra en Corfú y decidido el plan de operaciones, dirigió su rumbo hacia el golfo de Lepanto, donde el 7 de octubre se encontraron ambas escuadras.

La vista del mar ofrecia por aquella parte un magnífico espectáculo. La azulada superficie de las aguas, ocupada en una larga extension por los buques de guerra de una y otra parte, figuraba un pueblo inmenso que se levantaba orgulloso de haber puesto sus cimientos sobre las inseguras olas del Océano. La diversidad de colores de los pabellones que se ostentaban en los buques, y que agitados por la brisa retrataban sus ondulaciones en las aguas, completaba tan bella perspectiva.

La vanguardia de nuestra escuadra con cincuenta y cuatro galeras, pabellon verde, mandada por D. Juan Andrés Doria, formaba en el combate el ala derecha; D. Juan de Austria, el comendador de Castilla, y los generales de Venecia y del papa con sesenta y cuatro galeras, bandera azul, componian el cuerpo de batalla; y el resto de la escuadra, que se distinguia por el color amarillo de sus banderas, ocupaba el ala izquierda, que mandaba D. Alvaro Bazan, quedando de respeto para acudir á donde fuese necesario.

Los turcos salieron de la boca del golfo, y ordenadas sus galeras en forma de semicírculo, hicieron un disparo de cañon contra la *Capitana* de nuestra armada. Esta fué la señal del combate, que empezó con encarnizamiento, repitiéndose por mucho tiempo las descargas de la artillería de una y otra parte. D. Juan de Austria y el bajá Halí se batieron con la mayor intrepidez; los españoles, llenos de entusiasmo, vinieron tres veces al abordaje, y otras tantas fueron rechazados con gran pérdida de gente, hasta que llegado un pequeño refuerzo volvieron á acometer con mayor obstinacion, ha-



ciendo que en breve tremolase el estandarte de la Cruz donde poco antes se ostentaba el pabellon mahometano. Un grito de victoria resonó por toda la flota cristiana, llenando de terror á los infieles; el almirante turco había sido muerto y su cabeza aparecía colgada del gran mástil; los que se hallaban á bordo, parte fueron pasados á cuchillo y parte quedaron prisioneros, contándose en el número de estos dos hijos del baja. Tal era el estado de la *Capitana* de los turcos. Sin embargo, el estruendo del cañon continuaba sin interrupcion, y llenos de coraje los combatientes, hacian uso de toda clase de armas. La matanza era igual y la victoria indecisa. El corsario Uluciali habia causado un gran destrozo en el ala derecha de nuestra armada. Cuanto mas se empeñaba el combate, tanto mayor era la confusion y gritaría; el humo de la pólvora ocultaba la luz del sol; en la superficie de las aguas solo se veian cadáveres, miembros mutilados, armas y galeras destrozadas; y aquel espacio, que pocas horas antes ofrecia tan bella perspectiva, presentaba ya el cuadro mas horroroso.

La victoria al fin se declaró por los aliados. Los cristianos cautivos rompieron las cadenas, y echándose sobre sus enemigos, vengaron con valor los insultos que habian sufrido.

Aterrados los turcos, emprendieron precipitadamente la retirada, y abandonando sus bajeles se refugiaron en las riberas de Livonia y en las costas sujetas á su imperio.

Así terminó esta batalla memorable, que inmortalizó el nombre de Lepanto, legando á España una de las páginas mas brillantes para su historia. Los cristianos tuvieron de pérdida diez mil hombres; pero rescataron quince mil esclavos. De los turcos treinta mil hombres perecieron en la batalla y diez mil quedaron prisioneros, á mas de ciento treinta galeras que fueron apresadas, otras treinta que se echaron á pique, y veinticinco que se quemaron.

La nueva de esta victoria se celebró en todas partes con fiestas y regocijos públicos. La fama publicó con admiracion del mundo entero el nombre de D. Juan de Austria como el vengador de la cristiandad, y Felipe II adquirió entonces el precioso diamante que faltaba para adornar la corona de las glorias de España.

J. MARIA VILLANUEVA.

#### Fragmento sobre la Australia.

El australiano es un verdadero salvaje; se cree, sin embargo, que puede hacerse de él un hombre civilizado. Que es audaz é inteligente, está sobradamente probado, solamente por el mecanismo de las armas y utensilios de que se sirve; pero no se han hecho hasta aqui mas que esfuerzos completamente vanos para inculcarle los principios del cristianismo. Ni las fatigas, ni los sacrificios han podido conseguirlo. Todos los medios se han empleado; todos han sido infructuosos. La mision establecida en Wellington-Alley dió al principio algunos resultados, pero consistia esto en que daban de comer gratis á los prosélitos, y se les creia dispuestos á mejorar, por la sola razon de ser muy exactos á las horas de comer. Cuéntase que un dia una tribu enteramente salvaje vino á acamparse por aquellas cercanías, y dió el horrible grito que les sirve de señal de mutuo aprecio. Al punto los nuevos convertidos rasgan y arrojan por tierra los vestidos de que se les habia cubierto, y vuelven á tomar repentinamente todas las costumbres feroces de su vida errante. Imposible se haria describir la estupefaccion de los buenos misioneros, viendo unos discípulos, tan tiernamente tratados, hacer tan brusca despedida á sus principios bíblicos: ó mas bien, á sus buenos guisos de carnero, á sus patatas y rico té. En Moreton-Bory, los prosélitos, despues de ocho meses de estancia en los establecimientos de los misioneros, los saquearon, llevándose todo su botin. En cualquier parte que se hallen estos ejerciendo sus funciones, tienen bastante cuidado de no separarse mucho de sus fusiles cargados. A pesar de todos estos hechos relajantes, aun no se desespera de poder civilizar la Australia. Hé aquí un rasgo que funda un tanto esta esperanza.

Cuatro europeos viajaban por el Noroeste; uno de ellos, M. Kennedy, tenia un criado indígena llamado Jacky-Jacky. M. Kennedy y sus amigos fueron atacados por una multitud de estos salvajes, resultando muerto un europeo y otro gravemente herido.

M. Kennedy, violentamente separado de sus compañeros, no debió la vida mas que al valor heroico de su criado, quien se batió como un leon para defenderle: puso en fuga los enemigos, y hasta consiguió recoger los otros dos, cuyas heridas no eran mortales. Pero es una excepcion muy rara la que nos presenta Jacky-Jacky. No creemos que pueda citarse otra.

Es verdad que en punto de criados, los europeos, que hacen prevalecer sus servicios, no valen mucho mas que los indígenas. Esto se comprenderá fácilmente, si se atiende á que son los *convicts* de Inglaterra ó malhechores vomitados por las prisiones y presidios de todos los otros países de Europa. El menor de sus defectos es una embriaguez continua; pero no dura mucho tiempo esta queja á los amos, pues por lo regular acaban aquellos por degollarlos durante su sueño; de lo que ha resultado una cosa bastante sencilla, y es haberse renunciado en la Australia á tener criados.

El mismo gobernador, hombre de ilustre nacimiento, de esmerada educacion, se ve obligado á servirse, por turno, de sus soldados.

#### El Castillo de Dunstan.

CRÓNICA ESCOCESA.

En las cumbres empinadas de las silvestres rocas, los últimos destellos del dia doran la erguida frente de los castaños, y se deslizan á lo largo de las enhiestas cúspides de los rozagantes pinos. Ya oscurecen el valle las tinieblas, ya cesa todo ruido en la campiña.

El viento que sopla, húmedo y frio, arruga la faz de las inciertas ondas, y encorva la dócil punta de las sonantes cañas.

Levántase poco despues sobre el lago leve vapor, que semejante á un velo de crespon, se extiende inmensamente en derredor de la montaña.

¿Veis allá abajo, sobre aquel estrecho terraplen que entapizan agrestes matorrales, veis el antiguo castillo, cuyas almenadas torres se levantan y enderezan en medio de las sombras, como negras fantasmas de gigantes?

Allí no ha mucho era todo contento y alegría; pocos dias transcurrían sin que el eco hiciese resonar por las anchas bóvedas el confuso estruendo de las armas, el animado relincho de los caballos y el ladrado de los sabuesos.

Ora el antiguo castillo yace silencioso y casi desierto. Habítale ya solo el señor Dunstan, anciano de severas costumbres y de inflexible corazon; pero de achacoso cuerpo. Leo, su hijo, ambicioso de gloria, ha seguido á Ricardo á Palestina, y Olivaia, esposa de Leo, llamada al lecho de su madre espirante, partió tambien de su lado con numerosa comitiva.

Las diez han dado: el baron, rodeado de algunos de sus vasallos, acaba la refaccion de la noche; cuando levantan las mesas, vuélvese lentamente hacia el fuego que chispea, porque hace frio y silba el viento al través de las altas vidrieras en ogiva.

Tristemente sentado en su inmensa poltrona de vacueta, debajo del dosel feudal, privilegio de los gefes de familia, recorre con la imaginacion los años azarosos de su larga existencia; recuerda que mañana es el aniversario sexagésimo de su vida, y que por la vez primera en época semejante, no hará circular, rodeado de su familia y de sus nobles vecinos, las copas de hidrómel en la sala de los banquetes!

De repente el enano, en la eminente torrecilla, ha hecho resonar su retorcida bocina, y los buhos espantados responden con sus desapacibles chirridos á aquel inesperado rumor.

— ¿Qué es eso, mi escudero?

— Amo y señor, es un mensaje de tu fiel escudero Roberto.

— Despeja.

El rostro del baron no ha padecido la menor alteracion: ha leído al parecer hasta con indiferencia; el mensaje sin embargo le ha herido mas atrozmente que el hierro de una lanza; pero su larga experiencia le ha enseñado á dominar sus emociones.

Huyen las horas, y allí delante del hogar, donde espira la fluctuante llama, con aspecto sombrío y taciturnas miradas permanece sentado en su sillón, inmóvil como los personajes de esos antiguos retratos que penden en las paredes. Medita el medio de vengar su afrenta...

Oyese de allí á poco rato estruendo de cadenas, inclinase rechinando el puente levadizo, y entra en el patio rozagante cabalgata. Es Olivaia que vuelve con su numeroso cortejo.

Dunstan la recibe friamente: entre ella y él se ha interpuesto un mensaje fatal.

Una vez solo con su escudero:

— ¡Hola! Roberto, exclama con impaciencia. ¿Con qué es cierto?...

— Sí, ciertísimo, señor. Cinco dias hace que un caballero de armas negras, sin divisa y con la visera calada, se ha incorporado á la escolta de mi señora; desde aquel punto parece ser objeto de sus marcados favores. A veinte millas de aquí, en el castillo del conde Olbridge, donde hicimos alto ayer, ha pasado gran parte de la noche en su propia habitacion.

— ¡Insolente!... ¿Pero dónde está?

— Aquí.

— ¿En mi castillo!

— En lo alto de la torre, en la habitacion que cae encima de la cámara de la baronesa.

— ¡Aquí mismo! ¡En mi propio castillo!... ¡Juro á Dios que no saldra ya mas de él!

Fatigada entre tanto de su largo y penoso viaje, hase retirado Olivaia á su habitacion, y mientras que sus dueñas la desnudan, cuéntales las fiestas del dia siguiente, el regreso de Leo, la cautela con que le oculta á su suegro, por no conmovérle demasiado con tan imprevista nueva, y la feliz sorpresa que espera al anciano baron al despertar.

Oyese de repente debajo de su ventana extraño ruido.

De allí á poco, el baron entra en su cuarto con infernal sonrisa en los labios. El anciano estrecha su mano con mano trémula y convulsiva, la sacude violentamente, la empuja, la arrastra hacia la ventana, y allí fatídico resplandor de las antorchas que aparecen, la señala con el dedo sobre las ensangrentadas baldosas... ¿A quién? ¿A Leo, á Leo, á su hijo!

#### La Rondeña española.

Si en medio del silencio majestuoso de una noche de otoño, el fatigado viajero atraviesa los campos solitarios

de Andalucía, cuando la luna esparce sobre el horizonte una tinta vaga y melancólica, cuando apenas se percibe el confuso murmurar del viento entre las ramas de los olivos; si en esta hora misteriosa en que la imaginacion se entrega á las inspiraciones de una poesía tierna y sublime, en que el pecho exhala un suspiro que las auras tímidas repiten, en que el alma se embriaga con recuerdos de amor... se oye lejano el eco de la *Rondeña*, cuyos acordes tonos, antes que interrumpir la armonía de tan grandiosa escena, parece que la acompañan: ¡ay de mí! ¡quién pudiera expresar las dulces impresiones que esta música produce en el sensible corazon del caminante!

La *Rondeña*, á veces lánguida y como abandonada á su instinto, parece que arrulla los ensueños de un amor inocente, y con su influjo, fuerza verdaderamente mágica, cierra nuestros párpados, meciéndonos en una nube de celestes ilusiones. ¿Quién no se ha sentido arrebatar por este encanto, si dando tregua á las fatigas de un viaje se detiene á la hora del reposo en el solitario cortijo, y recostado sobre los poyos que decoran su entrada oye vibrar los acentos de esta música simpática? Porque la *Rondeña* entonces, llena de una melancolía sublime, dulcifica las penas del amante desconsolado, acompaña sus lágrimas, y cuenta las palpitaciones de su corazon. Pero si de repente, saliendo de esta especie de letargo, se anima con las rápidas detonaciones del punteado, recobra la viveza original de su país, con cuanta verdad, con qué pasion expresa las amorosas pláticas de que tantas veces han sido testigo las rejas celosas de Andalucía! Allí los juramentos, allí las protestas, allí en fin esos diálogos interrumpidos, llenos de animacion y de ternura, con las modulaciones de una voz humana desigual, veloz, órgano fiel de las sensaciones que se suceden en un corazon agitado. La melodía corre entonces por sí sola, sin estudio, sin arte, como entregada á la vehemencia de la inspiracion, pareciendo que adquiere la facultad de hablar, y habla en efecto el alma; pues aquellos tonos tan naturales, tan sentidos, se acomodan á todas las inteligencias, y pueden interpretarse de la manera mas conforme al estado moral de quien los escucha.

Un momento de entusiasmo de Rouget de l'Isle dió á la Francia la *Marsellesa*: del genio de Jacobo I y sus imitadores salieron las baladas de Escocia; pero la *Rondeña* española, como las barquerolas de Venecia, tiene por autor al pueblo en que nació.

Habiéndole preguntado á Diógenes cuál era la mejor hora de comer, dijo: Que para el rico cuando tuviese gana; y para el pobre cuando tuviese qué.

Alfonso el prudente, rey de Aragon, decia, que entre las cosas que buscan los hombres toda su vida, nada hay mejor que tener leña vieja para quemar, vino añejo para beber, amigos antiguos para la sociedad y libros viejos para leer.

#### D. Pedro Santana y D. Buenaventura Bacz.

La isla de Santo Domingo se halla dividida, como todo el mundo sabe, en dos Estados: el nuevo imperio de Haiti y la República dominicana. La poblacion total de la isla no excede de 700,000 almas, de las cuales 125,000 pertenecen á la familia española, y el resto á los haitianos, que siempre han pretendido hacer de los dos un solo gobierno. Hay quien dice todavía que el imperio de Suluque y la pequeña república acabarán por entenderse; pero nosotros no lo creemos, atendiendo á que los dos pueblos no están solamente separados por la diferencia de carácter, costumbres y tradiciones, sino por una barrera mas inaccesible, cual es la diferencia de razas; pues, como es sabido, domina la negra en Haiti, y la española en la República dominicana.

Es la República, en gran parte, un pueblo de pastores descendientes de los primitivos colonos, y que á imitacion de estos guardan sus ganados á caballo y lanza en ristre como quien recela á cada paso alguna agresion, y se encuentra entre ellos lo que no ha existido jamás en Haiti, esto es, un espíritu religioso de lo mas ferviente, una galanteria extraordinaria y un valor excesivo. Sobre todo puede decirse que en el Sud de la parte española, en la vasta provincia llamada Seybo, es donde mas se ha conservado esa marca siempre visible del carácter castellano del siglo decimosexto; y en esta misma provincia, entre estos pastores guerreros de que hemos hablado, nació D. Pedro Santana.

D. Pedro y D. Ramon Santana eran los dos hermanos mas valientes y famosos de Seybo. Hechos prisioneros por el presidente de Haiti, pudieron escaparse, y D. Pedro volvió á sus montañas donde organizó un pequeño ejército de 1,500 hombres, marchando luego en busca del enemigo que con fuerzas considerables avanzaba hacia Santo-Domingo, y derrotándole á pesar de su superioridad numérica. Pocos dias despues batió tambien completamente al general Pierrot, que mandaba diez mil hombres.

Hacian, pues, los dominicanos prodigios de valor



bajo las órdenes de Santana, y el mundo contempló un general y un héroe en el antiguo pastor de Seybo, que añadiendo la virtud de la abnegación á la del talento guerrero, pidió permiso despues de sus triunfos, no para volver á la labranza como Cincinato, sino para cuidar de nuevo sus rebaños, en vista de lo cual le dieron por aclamacion el título de presidente de la Repú-

sin política, sin marina y sin hacienda. Tres años despues, el orden y la buena administracion reinaban en aquel pequeño Estado. El ejército de tierra estaba disciplinado y ofrecia un bello aspecto; el pabellon de guerra dominicano flotaba en siete navíos, y la hacienda marchaba del modo mas satisfactorio. La presidencia de Santana fué de las mas gloriosas.

tarios del país, es un hombre como de cuarenta años, delgado y no muy alto, excelente caballero, bastante instruido, conocedor de los hombres y valiente como su espada. Tiene cinco hermanos de los cuales dos se han educado en Francia, y nadie mas que el mismo Baez ha demostrado tener mas simpatias á esta culta nacion de la Europa. El fué quien en 1844 tomó la iniciativa en



Pedro Santana.



Buenaventura Baez.

blica. Solo una protesta vino á quebrantar la unanimidad de sentimientos : un enemigo personal de D. Pedro Santana trató de asesinar con un cuchillo al nuevo presidente, frustrándose afortunadamente la criminal tentativa. Muchas personas se lanzaron contra el asesino, que hubiera sido despedazado á no acogerse al consulado de M. Juchereau de Saint-Denis. Santana siempre generoso se contentó con desterrar al que habia atentado contra su existencia.

Este hombre del pueblo elevado á la presidencia de la República, manifestó tambien la mejor aptitud para la direccion de los negocios. Habia recibido Santana la República, de manos del Congreso, débil, sin ejército,

Siempre vencedor en los diferentes encuentros que tuvo con los haitianos, llegó á producir en estos un terror supersticioso; y á pesar de los esfuerzos de los amigos que deseaban conservarle á la cabeza del gobierno, dió su dimision, retirándose á la vida privada.

El general D. Pedro Santana debe tener ahora unos cincuenta años. Su alta estatura, su frente espaciosa y la parte inferior de su rostro recuerdan mucho el tipo aragonés. Este hombre que ha salvado su país dos veces de una manera prodigiosa, se obstina en reservarse para las ocasiones; es sin disputa una de las mas grandes figuras del Nuevo Mundo.

D. Buenaventura Baez, uno de los mas ricos propie-

las indicaciones hechas á los cónsules MM. Barrot y Levasseur, para que la Francia se declarase protectora de la República dominicana. Baez profesa un acendrado cariño á Santana, quien corresponde dignamente á la amistad de Baez.

Bajo la accion combinada de estos dos hombres, aquella República, que se habia mantenido á la defensiva, como para probar que queria la independencia y no la dominacion, ha tomado una actitud respetable. Esperamos que las disidencias de raza se terminarán, y creemos que el rico suelo de Santo-Domingo podrá contener en buena armonia el imperio de Suluque y la República de Baez ó de Santana.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda : uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana. . . . .	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico. . . . .	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba. . . . .	13	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay. . . . .	16	»
Para Puerto Rico. . . . .	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico. . . . .	18	»			
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme. . . . .	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes). . . . .	14	»			
Para la provincia de Cúmana. . . . .	12	75 »			

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA  
 PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.  
 Para Veracruz y Tampico. . . . . 20  
 Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba. . . . . 22  
 Para el interior de la República Mejicana. . . . . 29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de trasporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres. . . . .	MM. SIMMONDS.	Cobija. . . . .	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico. . . . .	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York. . . . .	— Eug. DIDIER.	Demerara. . . . .	— Richard HAYNES.	Quito. . . . .	— Alfonso PRIEUR.
La Habana. . . . .	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala. . . . .	— P. J. LOSS.	Rio Hacha. . . . .	— J. Manuel GOENAGA.
Arica. . . . .	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil. . . . .	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California). . . . .	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arequipa. . . . .	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra. . . . .	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo. . . . .	— Dr MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay). . . . .	— VASQUEZ CORDOVA.	Lima. . . . .	— José MACIAS.	Santa Maria. . . . .	— Manuel ABELLO.
Buenaventura. . . . .	— SIMONNOT.	Maracaibo. . . . .	— P. CASAux.	San Juan de Nicaragua. . . . .	— Jean MESNIER.
Bogota. . . . .	— CLARMONT.	Matanzas. . . . .	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba. . . . .	— Felipe LAY.
Buenos Ayres. . . . .	— LUCIEN y Ca.	Maturin (Cumana). . . . .	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú. . . . .	— Andres ARCHIMBAUD.
Id. . . . .	— J. C. CORBIN.	Monpos. . . . .	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile. . . . .	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Caracas. . . . .	— Emile PHILIP.	Méjico. . . . .	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas. . . . .	— BENEDETTI.
Id. . . . .	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo. . . . .	— A. LAS CAZES.	Tacna. . . . .	— Carlos BASADRE.
Cartajena. . . . .	— J. Maria CANADAS.	Panama. . . . .	— SMITH y C.	Tampico. . . . .	— A. DELILLE.
Calí. . . . .	— THIRION.	Popayan. . . . .	— Rafael IRURITA.	Valencia. . . . .	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar. . . . .	— A. PESQUERA.	Porto Cabello. . . . .	— Rafael ROJAS.	Valparaiso. . . . .	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Caunma. . . . .				Vera Cruz. . . . .	— Juan CARREDANO.